

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR.

EN ESTE NÚMERO

DOS AGUAFUERTES DE

ROBERTO ARLT

AÑO 2 | N° 20 | FEBRERO 2001 | PRECIO \$ 5 | <http://latido.terra.com>.

Ocio

Exceso

Trabajo

Disfrute

Vago

Angustia

Descanso

NO TE ESFUERCES MUCHO

Hacer fiaca

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ISSN 1514-4747



9 771514 474007 00020

participá en los foros

contá tu historia

criticá nuestras notas

compartí tus ideas

En el sitio de Latido ahora
podés leer la revista desde
cualquier lugar del mundo.
Y además ser protagonista.
Te esperamos.

http://latido



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



CHAT CON
RICARDO TALESNIK

Holböhl Quintiero

La cita es el martes 13 de febrero a las 21 horas. Vamos a conversar con Talesnik, el autor que en 1967 dio vuelta la escena del teatro nacional con su obra "La fiaca" al poner por primera vez en discusión la santa relación entre trabajo y descanso. Pero Ricardo no se quedó allí: siguió recorriendo los caminos de la sátira y hace poco publicó su "Autobiografía no autorizada", un libro de ácido humor.

Andá pensando tus ideas y tus preguntas. Te esperamos.

terra.com.ar



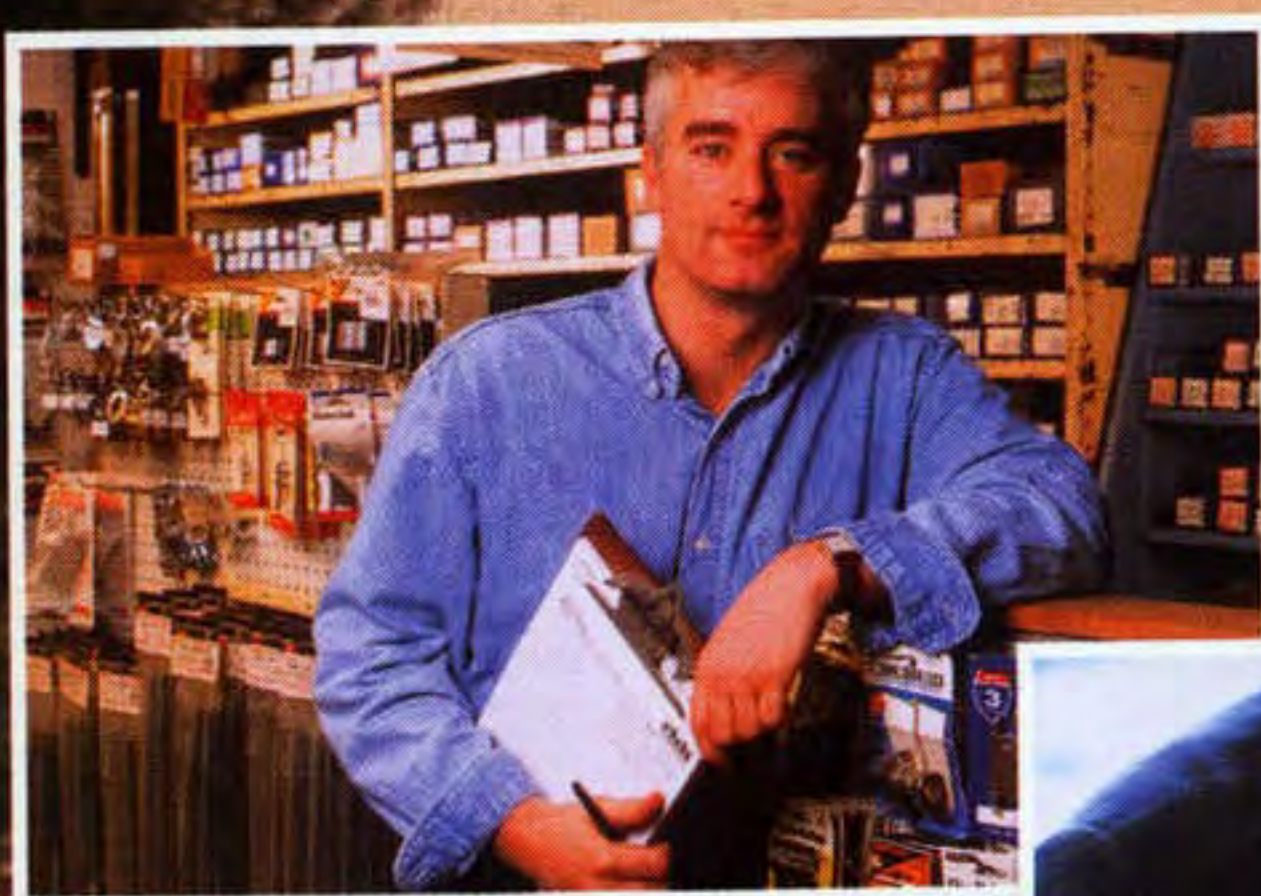
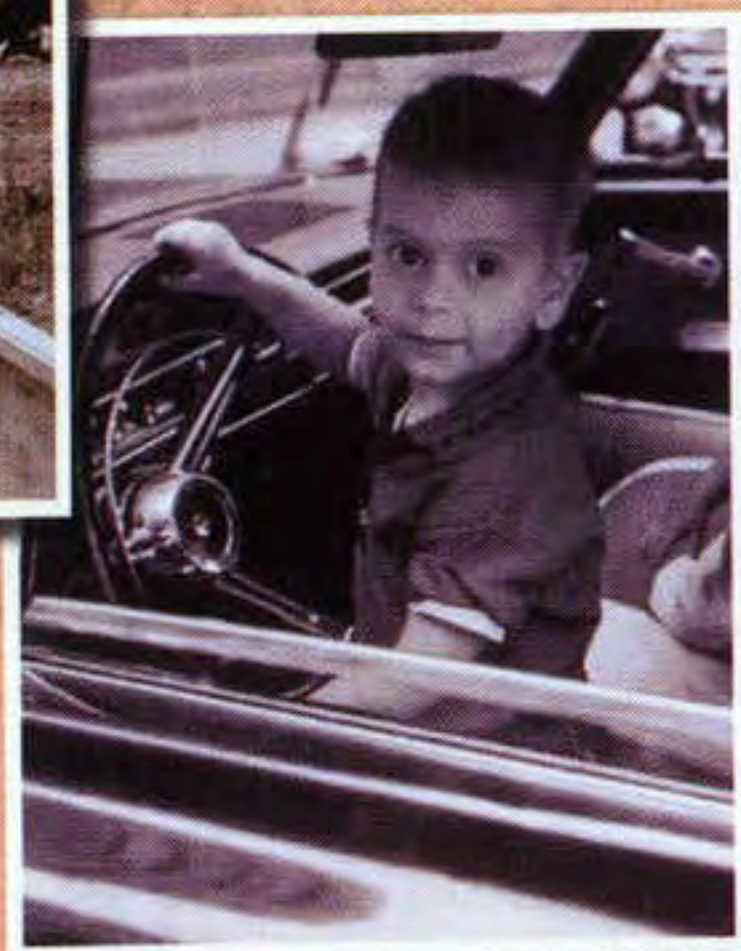
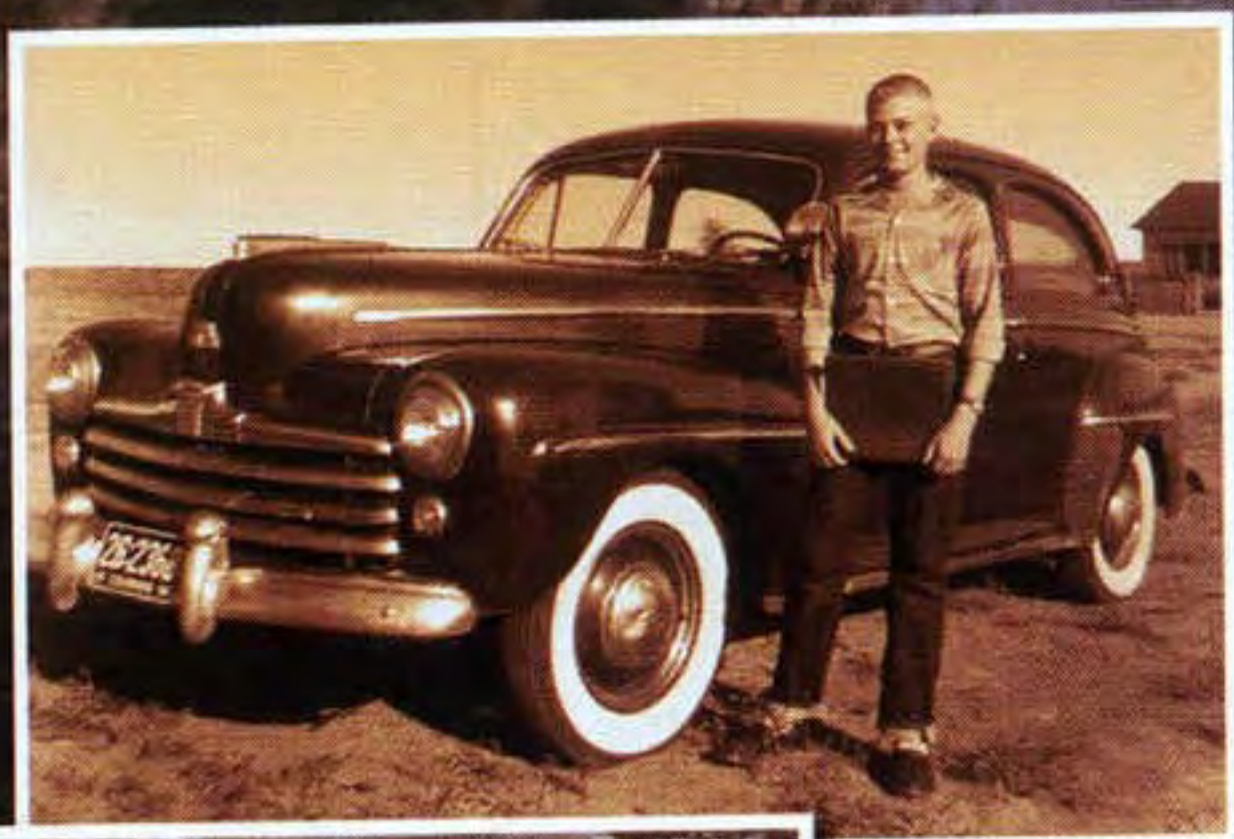
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR Y PENSAR

terra

Internet,
más tuya que nunca.



**Poco o mucho,
en algún momento
de nuestras vidas,
todos los argentinos
tenemos algo que ver
con La Caja.**



Una gran compañía
para la seguridad de la gente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Caja de Seguros - Caja de Seguros de Vida - La Caja de Seguros de Retiro - La Caja ART - Instituto del Seguro de Misiones



Daniel Ulanovsky Sack
Director

ROBOTS

No hacer nada. Eso me gusta: son los momentos en que más jugo le saco a la vida. No porque los utilice para pensar demasiado, ni siquiera para dormir las horas atrasadas que —alguna vez— prometí recuperar. Tampoco porque me colme con demasiadas actividades, cuanto mucho una apacible bicicleteada si no siento mucho calor ni tanto frío. Me gusta, llanamente, por la capacidad que tiene el tiempo libre de conectarme con esas —pocas— cosas importantes. O, mejor dicho, de enrostrarme los elementos indecorosos de las otras horas, las demasiado abusadas. Es así: se asegura —¿quién? ¿el mandato de época?— que mientras más cosas uno realice, más feliz y orgulloso se va a sentir. Algunos, entonces, nos convertimos en robocops con agendas interminables, corremos a reuniones que sólo sirven para exhibir lo importante que es reunirse y nos quedamos sin aire respondiendo mensajes poco estimulantes. En breve: ocupados pero improductivos, repletos de trabajo pero incapaces de ponerle nuestra firma personal a lo que hacemos. Sucede que en la cima de la vorágine es difícil darse cuenta de que demasiado y nada se parecen. Y que, a veces, las caídas resultarán algo fuerte cuando la ola rompa sin aviso. Para evitarlo, para recordar lo que uno quiere y no sólo lo que uno debe, es bueno reservarse cierto tiempo para no hacer nada: hasta quienes analizan la vida en términos productivos suelen reconocer que es una buena inversión.

DIRECTOR
Daniel Ulanovsky Sack

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO
Gabriela Esquivada
Daniel Link
María Sonia Cristoff
Raquel Garzón
Fernando González
Luis Gruss
Federico Quintero

FOTO DE TAPA
Argeo Ameztoy

FOTOS
Argeo Ameztoy
Alejandro Lipszyc

DISEÑO
Maureen Holboll
Victoria Quintiero

ILUSTRACIONES
Sebastián Dufour
Silvia Mato

sumario

AÑO 2, NÚMERO 20, FEBRERO 2001

8

28

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR

CORRESPONDENCIA A:
Revista **LATIDO**
Casilla de Correo 144
Sucursal 12 (B)
(1412) Buenos Aires
TEL/FAX 4824-8870
e-mail: latido@giga.com.ar

COMERCIALIZACIÓN PUBLICITARIA:
LATIDO S.A.
TEL/FAX 4824-8870

DISTRIBUCIÓN EN CAPITAL FEDERAL
Vaccaro, Sánchez y Cía S.A.
Moreno 794, piso 9,
Buenos Aires. Tel. 4342-4031

DISTRIBUCIÓN EN EL INTERIOR
Distribuidora Interplazas S.A.
Luis Sáenz Peña 1836,
Buenos Aires. Tel. 4305-3160

FOTOCROMÍA
Quebecor Antártica S.A.
Maipú 939, Bs. As.

IMPRESIÓN
Antártica Quebecor S.A.
Printed in Chile

Registro de la Propiedad
Intelectual 999536.
Prohibida la reproducción total
o parcial de los contenidos.
"LATIDO. Una revista para
sentir. Y pensar" es una publica-
ción propiedad de **LATIDO S.A.**,
Medrano 1940, piso 7 (1425)
Buenos Aires. Tel. 4824-8870.
Editor responsable:
Daniel Ulanovsky Sack.
ISSN 1514-4747

ME ABURRE NO HACER NADA

*La sensación de culpa por aban-
donarnos al placer —¿placer?—
de la calma y de la quietud es algo
que nos suele envolver, en
especial en una época donde la
inestabilidad laboral y económica
obliga a ver la vida en términos
productivos. Gabriela Esquivada
compara esa tendencia de algunas
personas —ella incluida— a
"sufrir" el tiempo libre con la
conducta de los animales que, si
tienen comida suficiente, se
entregan gozosamente al descanso.
Pero describir esta situación
no alcanza: vale la pena animarse
a cambiarla y más temprano
que tarde —aseguran— llegarán
los beneficios.*

Página 8

ALGUIEN LO HA DICHO

*Un refrán popular que habla de
la relación entre la enfermedad
y el trabajo. Un poema de
Boris Vian sobre la jornada
laboral de dos horas. Y palabras
de Lennon y de Serrat
que fotografían el transcurrir.*

Página 26

DIARIO DE UN PEREZOSO

*Hay momentos en que la inercia
resulta más fuerte que el
movimiento. El "para qué", el
"prefiero no hacerlo", el "lo
dejo para más tarde" aparecen
como sanciones internas que uno
se inflige cada vez que quiere
mover la mente. Esta nota de
Daniel Link navega en dos
velocidades distintas. Por una
parte, se desmenuzan y critican
los mandatos que nos hacen ver
la pereza como algo negativo.
Por otra, aparece el dolor ante
una parálisis que no se termina
de dominar. Y que puede
invadirlo todo, desde los
sentimientos más fuertes hasta
la escritura de un texto.*

Página 28



DIGRESIONES

El mundo de la cultura está sumergido en anécdotas y reflexiones sobre la fiaca. Desde la famosa obra argentina —que, curiosamente, tiene una “hermana” rusa: la película “Oblomov”— hasta las formas más tranquilas de preparar y tomar un té. Todo, resumido y contado por Luis Gruss.

Página 40

QUEREMOS DESCANSAR

El ocio ha sido temido por su potencial revolucionario. ¿A qué se dedicarían los pobres si no trabajaran 16 horas por día?, se preguntaba una duquesa en el siglo XIX. A planear la revolución, parecía ser la respuesta que sonaba a pesadilla. Nada de esto sucedió, pero María Sonia Cristoff sorprende cuando describe las distintas valoraciones que tuvo el tiempo libre en la historia. Algunos lo asociaron con la sabiduría; otros con el consumo; y algunos —incluso— lo vincularon con un instinto natural. Este artículo redunda en curiosidades basadas en los análisis que llegan a imaginar los hombres.

Página 44

CARRUSEL

Federico Quintero sugiere todos los elementos de consumo que ayudan a descansar mejor. Desde almohadas y colchones hasta mecedoras, sin olvidarse de las manoplas para rascarse la espalda cuando se toma una higiénica ducha.

Página 54

CORREO

Opinan los lectores

Página 56



LITERATURA

Ofrecemos dos aguafuertes de Roberto Arlt

Página 58



POR **Gabriela Esquivada** Periodista

FOTOS **Argeo Amezttoy**



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



EL TIEMPO LIBRE COMO PELIGRO

Me aburre no hacer nada

Había una vez una mujer que disfrutaba de perder el tiempo en el sillón de su living leyéndoles a sus dos gatos los poemas de *Old Possum's Book of Practical Cats*, de T.S. Eliot (Faber & Faber, 1939). La mujer pronunciaba el inglés apenas decentemente, pero a sus gatos parecía bastarles con que se notara la música de las palabras.

Seguían los versos con gusto, si es que eso expresaban con esa manera de estirar el cuello y las patitas mientras cerraban los ojos, en puro goce del ejercicio o alguna visión interior. A veces se acomodaban mientras escuchaban alguno de los poemas: uno se subía sobre las piernas de la mujer y ejercía una rítmica presión con las plantillas delanteras, como para ablandarla, con el único resultado de saltarle un punto de la falda; la otra, enroscada sobre el mismo sillón en que se sentaba la mujer, giraba la cabeza —una torsión leve, que no afectara la tarea central del reposo— vagamente hacia el punto del que salía la voz recitadora.

No sólo le prestaban atención sino que, cuando leía *The Naming of Cats* (ese poema que habla de los tres nombres del gato: el cotidiano, el particular y el secreto), los bichos la seguían con expresión insondable pero de evidente interés. Sobre todo por la parte del poema en que Eliot dice:

*"But above and beyond there's still one name left over,
And that is the name that you never will guess;
The name that no human research can discover—
But the cat himself knows, and will never confess".
(Pero más allá de todo, aún queda un nombre
Y ese es el nombre que nunca imaginarás
El nombre que ninguna pericia puede descubrir
Sólo lo sabe el gato y nunca lo confesará.)*

Eliot —claro— no se refiere al nombre cotidiano, ese que reciben cuando llegan a su hogar: en el caso de los dos oyentes, Somalía y Pablito. Tampoco al particular, ese apodo tan a medida que ningún otro felino del mundo puede tenerlo: Supertota y Gatito Más Lindo de la Historia, para la misma dupla. El tercer nombre es un secreto a prueba de dueños, un misterio que no explican la indagación o la imaginación humanas.

En ese nombre —propone el señor de versos más serios como los de *Cuatro cuartetos*— piensan y piensan y piensan los gatos cuando se los ve en profunda meditación, actividad central de la vida felina que sólo rompen causas dignas como perseguir una bolita de papel, afilar las uñas en los muebles, lamer alguna parte del cuerpo, comer el alimento balanceado, cambiar de superficie de reposo, atacar polillas y poemas.

La mujer que disfrutaba de perder el tiempo en el sillón de su living leyéndoles a Somalía y Pablito los poemas de *Old Possum's Book of Practical Cats*, en realidad, disfrutaba de leer poemas en voz alta. Era un número que había armado con un escritor con el que vivía: algunas noches, cuando no salían a pasear o miraban un video, leían cosas antes de irse a dormir. También lo hacían cuando los visitaban amigos: bebían estimulantes alcoholes y sentían

cómo se iban las horas sacando libros de las bibliotecas y jugando campeonatos de sonetos o de citas de memoria. Perdían el tiempo a lo grande —ella creía que tenían mucho, él había descubierto la manera de ganarlo al dilapidarlo—, se divertían a lo grande.

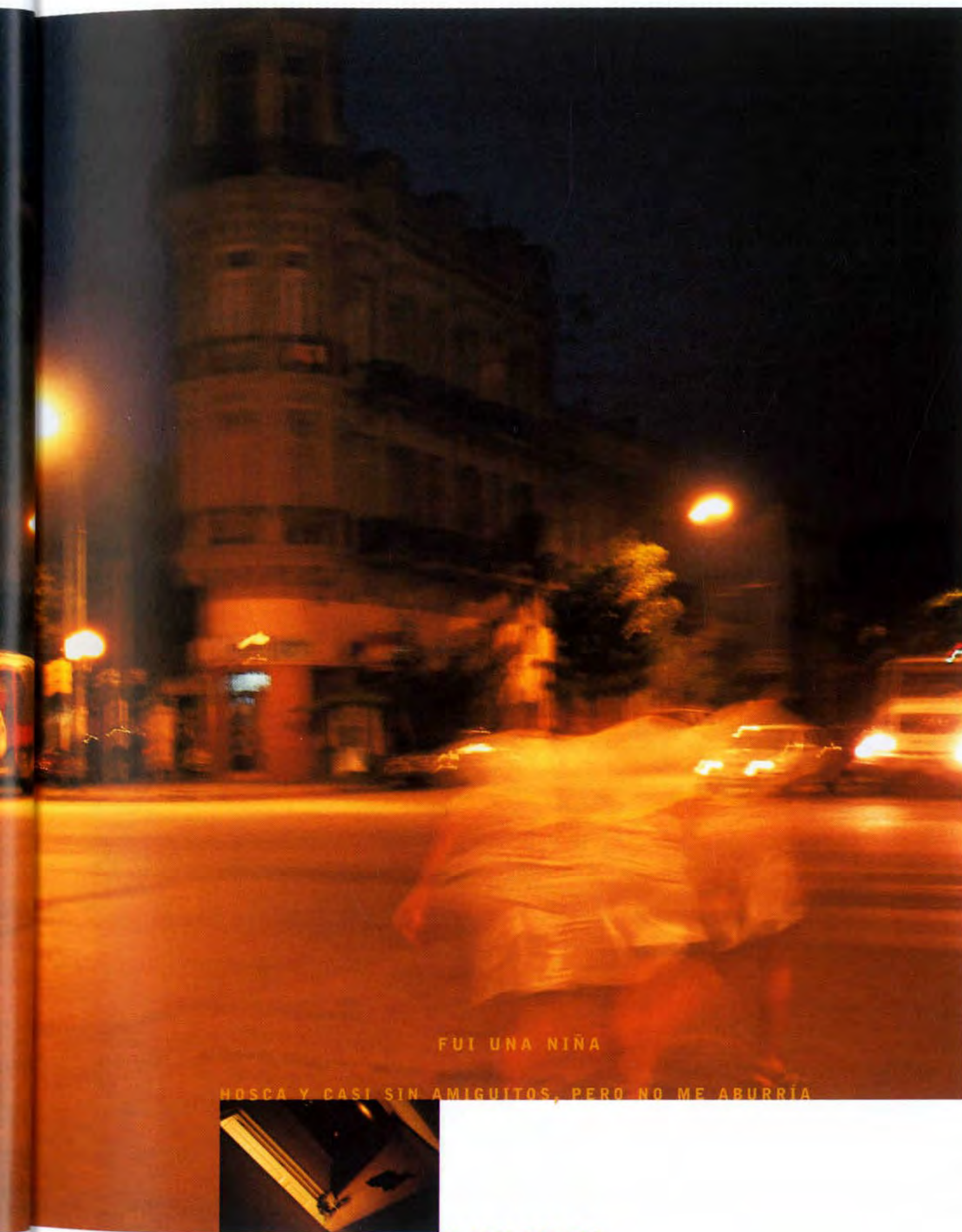
La ausencia del escritor amado le cambió la vida. Estaban los libros —los mismos libros, más algunos nuevos—, pero poca gracia había en leer sola, en voz alta:

*"Sino así, así, sin fin festivos
contigo yaceremos entre besos.
Ningún trabajo aquí, rubor ninguno:
sólo el placer que place para siempre,
el que nunca decae y siempre empieza".*

Poca gracia había y muchas sombras: al ser la misma que pronunciaba y escuchaba —al ser la única en los metros cuadrados de su casa—, la mujer sintió la compañía de un temor antiguo: la soledad. Para ella era un viaje sin escalas hacia el olvido del contacto, el fin del otro, el aislamiento en una espiral de ideas y emociones sin referencia: su versión de la locura. Las horas sin ocupaciones —las noches, luego del trabajo; los fines de semana— pasaron de ser una alegría a ser una amenaza: cuando no tenía nada que hacer, estaba libre para mirar su mundo interior, un campo minado por algunos sentimientos que prefería eludir —borrar, borrar: eliminar—, como cierto dolor muy alocado, muy intenso, muy abarcador; o curiosas formas de la violencia; o disparatadas culpas.

Hasta que descubrió que estaban los libros y también estaban Somalía y Pablito: los mismos, amables felinos que siempre habían sido sensibles a los sonidos de la música y de la voz humana.





FUI UNA NIÑA

HOSCA Y CASI SIN AMIGUITOS, PERO NO ME ABURRÍA



NI MOLESTABA

PORQUE SIEMPRE ESTABA OCUPADA

Una mañana hice la prueba —porque esa mujer soy yo, y esos gatos son los que viven en mi casa— con *The Naming of Cats*.

Me sentí estúpida. No era lo mismo.

Me sentí patética: apenas una necia que intentaba ver en los escombros, por la mera autoridad de una voluntad alucinada, la obra que había antes de que la tierra se sacudiese.

Sin embargo, algo debió haberme gustado, porque volví a hacerlo otras mañanas. Con otros libros, libros que no hablaban de gatos pero cuya lectura interesaba a los míos igual que *Old Possum's Book of Practical Cats*. Creo que lo que me gustó fue convertirme en una voz que acompaña con cierta música la tarea primordial del felino doméstico, vulgarmente conocida como descanso. Porque, igual que ese tercer nombre, secreto, de los gatos, el ocio es un misterio para mí. Pasar el tiempo leyendo poemas para Somalía y Pablito me hace sentir tras las pistas que me permitirán, algún día, develarlo.

Desde que tengo memoria, el descanso o la pérdida de tiempo me generan sentimientos ambiguos. Fui una niña hosca y casi sin amiguitos, pero no me aburría ni molestaba porque siempre estaba ocupada. Cuando no hacía la tarea o iba a natación, o a inglés, o a música, cumplía a conciencia mis deberes lúdicos. Repetí ese comportamiento con las responsabilidades educativas y las laborales. Me ayudó esa valoración inmoderada del trabajo que tiñe el clima de esta época: "Una idea dominante del hacer, que refleja el triunfo global del neoliberalismo rabioso", como dice Fernando Urribarri, psicoanalista y director de una revista

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EMPECÉ A ESCRIBIR

ESTA NOTA UN DOMINGO SOFOCANTE

MIENTRAS IMAGINABA

A LA GENTE

TOMANDO SOL EN LA COSTANERA



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sobre pensamiento contemporáneo, *Zona erógena*.

En los últimos años a esa relación histórica se le sumó un miedo desmedido: el tiempo libre se abrió como una fosa. Cada fin de semana, cada feriado, cada noche era garantía de angustia. Tal vez por eso en esas lecturas de mañana—horas que me encantaría prolongar al infinito: en pijama, indecisa sobre la necesidad de empezar el día pero segura de que hay un día que empezar, con mucho por hacer— encontré un territorio de intercambio con mis gatos. Sólo puedo medir mi beneficio: recupero, aunque en otro escenario, el hábito que tan feliz me hizo del poema en voz alta; veo que hay otros seres vivos capaces de disfrutar del ocio sin desesperar.

A veces los observo tanto que me deslizo hacia su tiempo hecho para el despilfarro y, distraída en esa dimensión rara, descubro que me pasan cosas sin que haga algo por procurarlas. Como aquella vez que doblé la pierna y descubrí un lunar en un dedo de un pie, del lado posterior. Pensé que era muy lindo encontrar en mi cuerpo una sorpresa que no fuera un cambio de los años (una arruga nueva, más celulitis) y me acordé de otro lunar, en el dedo de un pie de otro, del lado anterior. Volví a escuchar la frase "según los chinos, es mala señal", que había dicho el dueño del pie el día que le descubrí el lunar, y me estremecí. Miré mi lunar y me pregunté si habría una unión y supe que sí, que la unión estaba en el recuerdo —y no en la melanina— de aquel lunar maldecido por los chinos que, como tantas trivialidades, construyen las historias de las personas.

La alarma de tristezas me sacó del

mundo interior. Lo primero que hice fue confirmar la existencia de esa convención que define mi tiempo: miré el reloj y me enojé porque eran las diez y cuarto, tenía una cita a las once y todavía no me había bañado.

Siempre trato de estar ocupada haciendo algo. Por ejemplo, empecé a escribir esta nota sobre el ocio un domingo a la tarde de sofocante verano porteño: mientras pensaba en alternativas de comienzo para el texto, imaginaba a la gente tomando sol en la Costanera sur, chapoteando en la pileta de la terraza, mirando una película en un cine con aire acondicionado. No me molestó, más bien todo lo contrario: los fines de semana sin planes son un peligro.

Recuerdo uno en que me angustié tanto y lloré tan fuerte —más aún que la música, que sonaba fuertísima— que la vecina del piso de arriba me llamó para preguntarme si necesitaba algo. Uno de mis gatos me miraba y me seguía por toda la casa —tirada panza abajo sobre la cama, veía su cabeza a mi lado; sonándome la nariz, lo descubrí sentadito en el piso, la vista levantada hacia mí— mientras yo rodaba como una bola de congoja e impactaba en los muebles a mi paso.

Hay épocas en que el fin de semana se llena sólo con mis amigos —los que me aman y me acompañan: mi hermosa familia rejunta— y algunos trabajos; hay otras en que prefiero planificarlo para evitar la angustia que sobreviene a la imposibilidad de quedarme a solas, sin algo que hacer, conmigo. De nuevo, la ambivalencia: me encantaría disfrutar de lo que G.K. Chesterton —experto en contemplación y creador

del Padre Brown— consideraba una oportunidad para la búsqueda personal en la arena de las fantasías privadas y no en la industria de la diversión.

En su ensayo *Esperando el fin de semana* (Emecé, 1992), Witold Rybczynski cuenta un trabajo del psiquiatra húngaro Sándor Ferenczi, *La neurosis del domingo* (1919), sobre un grupo de gente que manifestaba síntomas como dolores de cabeza o vómitos cada víspera de día libre, como reacción frente a la libertad que tenía por delante. "Debido a que el domingo permitía todo tipo de comportamiento relajado, Ferenczi llegó a la conclusión de que esa gente podía sentirse incómoda 'al ventilar sus desenfrenos en el día libre' —citó Rybczynski—, ya sea porque poseían impulsos peligrosos o porque tenían sentimientos de culpabilidad por dejar escapar sus inhibiciones."

Ochenta años más tarde, esos temores persisten. Me explica Urribarri que en la sociedad actual nada da más pánico que el mundo interno, porque de allí vienen las sensaciones, las incertidumbres y la percepción de la temporalidad, que trae la idea de la finitud propia. "En cambio, la actividad permite la fantasía de controlar el tiempo —sigue— al transformarlo en un ritmo de trabajo que pone uno."

Cuando escribo esta nota olvido que se extinguen horas de mi vida: pienso que estoy escribiendo esta nota y que nada me interrumpirá —ni el teléfono que delego en el contestador, mucho menos mi muerte— hasta que la termine. El deber me permite ignorar que podría dejarla incompleta. Esa misma fe —mientras haga, soy— convierte al tiempo libre en otro trabajo: "Ir a ciertos lugares, consumir ciertas cosas —de-

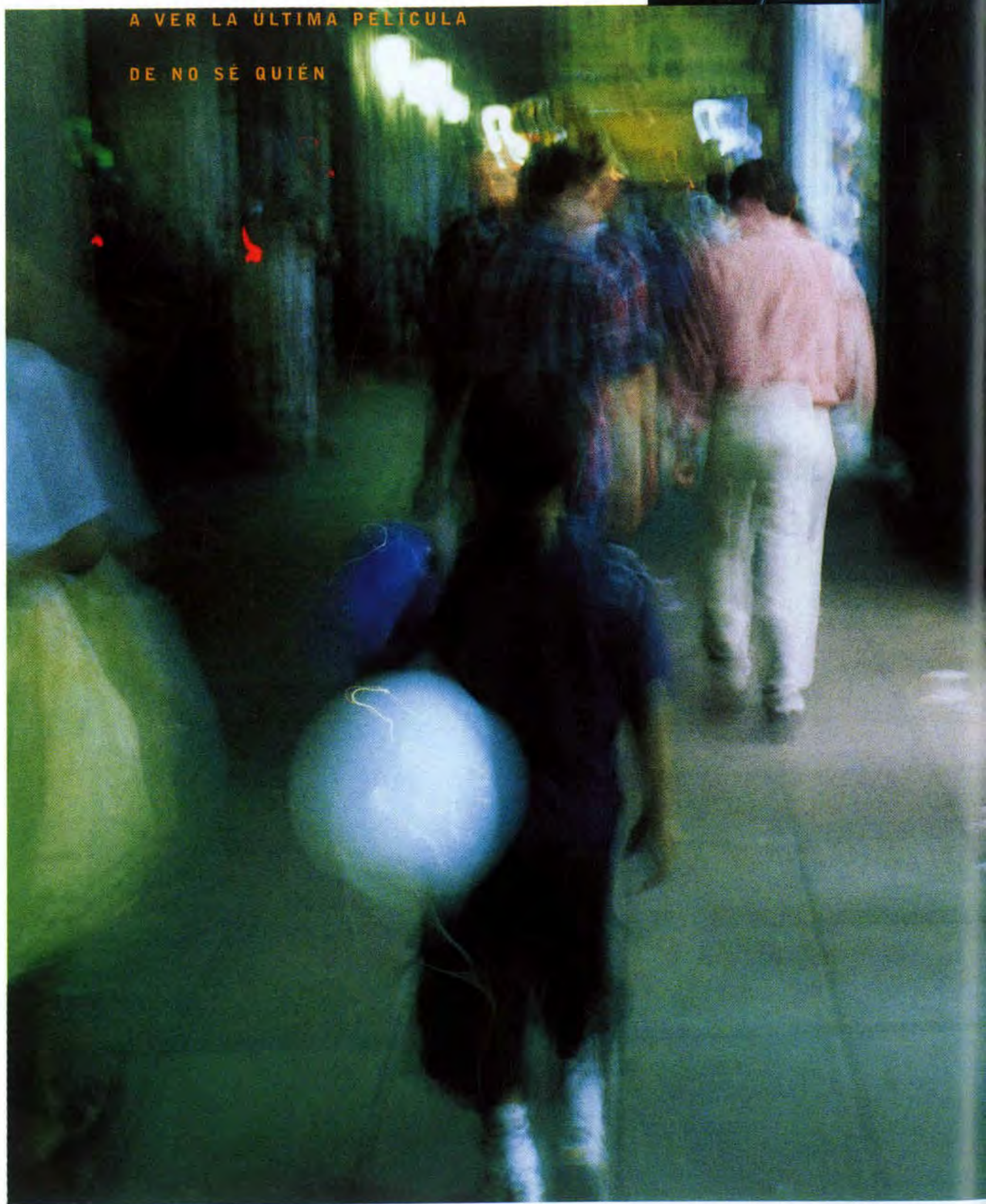
LO QUE QUIERO ES PERDER ESE MIEDO,

APRENDER A RECHAZAR

UNA INVITACIÓN

A VER LA ÚLTIMA PELÍCULA

DE NO SÉ QUIÉN



¿Y qué? POR RAQUEL GARZÓN, POETA Y PERIODISTA

Hay un placer oculto, mío, privadísimo, que definiendo parejamente de mi dios, mi amor y mi analista. No engorda, no daña el ambiente y no mancha la piel, pero suelo dosificarlo porque su probada languidez y presunta improductividad lo hacen altamente sospechoso entre gente de acción. Hablo de la injustamente desacreditada —aunque esencialmente noble— labor de contemplar, que algunos llaman vagancia, otros pereza y yo, sencillamente, serenidad. Sí, me gusta hacer fiaca, y qué.

Siempre pensé que una pachorra feliz cada tanto cambia el aire, mejora el humor y renueva el stock de existencias. Puede que esta certeza sea sólo parte de mi pequeña mitología personal o una estrategia de supervivencia silvestre ante la voracidad hiperquinética del siglo XXI. Pero sirve. Después de ese modesto recreo —que puede durar un día, una siesta o la hora del almuerzo— desaparecen ojeras, se alivian contracturas y recupero, por arte de una magia criolla y made in casa, mis ganas de reír sin silenciador.

Es simple: ese tiempo, para mí, es de ilimitada deriva. Un placentero dejarse llevar al ritmo del pulso propio, sin brújula ni cuentakilómetros, sólo por la secreta satisfacción de saberse andando sin rumbo, de no ser reclamada a ninguna hora en ninguna parte y de pertenecer por un rato a la elocuente y pagana tribu de los distendidos sin culpa.

En tren de fiaca uso la ropa más cómoda y menos pretenciosa, como liviano, paseo sin prisa por calles distintas de las que me traen a casa, veo en la tele películas horribles que hubieran hecho las delicias de Ed Wood o leo de corrido algún libro que colgué hace mil años. Si estoy en vena, también caben los boleros que se disfrutan, claro, despatarrada en un sillón de brazos generosos, orejas anchas y mullida anatomía.

La licencia es perfecta, redonda, brillante y absoluta porque, asumido como está que la diletancia no tiene justificación ni fin ni religión

o servicio que prestarle a la patria, cuando me dedico a ella mi sistema renuncia a buscarle razones, utilidad o función social: fiaca es fiaca, no more. A eso va y ahí se agota.

Parte del encanto que tienen esas horas, lo sé, se vincula con sentirme en esos gestos como la cara que no figura en mi legajo laboral ni en el DNI o el pasaporte y que se parece más bien a una vieja foto que ilumina mi escritorio. En ella, sentada y de cuerpo entero, una nena de cinco años le sonríe a la cámara mientras el sol salpica desprolijamente su rostro, sus piernas y la punta de sus zapatos. Es domingo y está en el zoológico, que para su sensibilidad de jardín de infantes es como decir: en el paraíso. Y no sabe, ni quiere ni tiene por qué, que algún día llegarán una agenda rolliza, citas impostergables y el tiempo justo para volar frenéticamente de una actividad a otra e hilvanar trabajos con reuniones sociales, visitas familiares, viajes, 20 minutos de bicicleta fija entre noticieros, lecturas, comidas y llamados telefónicos.

Esa nena soy yo antes de ser esta mujer que tira a workaholic si la dejo, y su cara de despreocupada e intensa alegría es para mí la mejor definición de ocio creativo que haya encontrado jamás. Es esa luz la que busco cuando voy por el día con dos horas de hamaca paraguaya al tope de mi lista de deseos: una inesperada vacación que bendice a manos llenas.

Pascal escribió alguna vez: "Toda la infelicidad del hombre proviene de una sola cosa: no saber estar inactivo dentro de una habitación", y le creo. Por eso, cada tanto, me regalo una mañana de verano en pantuflas, disfruto del día como un paisaje en calma, miro el techo y soy una mujer de cinco años que escucha los latidos de su corazón y descubre en el aire olores que van del jazmín al limón. Una fiesta tranquila de alma en modorra, que hojea el diario despreocupadamente, mientras come uvas en el balcón. Fiaca, sí. Y qué.

talla Urribarri—. Y sus variantes intelectuales, porque la paradoja no está en las cosas sino en cómo se las vive”.

Un ejemplo de ese contrasentido se encuentra al teclear la palabra ocio en un buscador de Internet. Hago doble click en una dirección local que abre con un banner: “Los mejores escort de Buenos Aires”. Descubro que la página del ocio no enseña a hacer nada sino que ofrece mil cosas para ocupar el tiempo libre. Todas pagas: la página del ocio no me invita a gozar de mi libertad de ciudadana sino a realizarme como consumidora. Hay una lista larguísima de reguladores de la diversión masiva que recibirían con gusto los números de mi tarjeta de crédito: cines, teatros, recitales, partidos de fútbol y rugby, museos y galerías de arte, ferias artesanales, shoppings, librerías, milongas, bares, restaurantes, discos, albergues transitorios, agencias de viajes, terminales de micros, aeropuertos, estancias, hosterías, campings, spas.

Desconecto. No quiero comprar, coger ni salir a dar una vuelta; no quiero apostar, beber ni tener un hobby; no quiero ver televisión, viajar ni aprender a cambiar cueritos; no quiero pintarme las uñas, comer ni ordenar el ropero. No es ese el saber que busco, ya lo conozco: cuando no trabajo, me zambullo en otras actividades como ir al gimnasio, al cine, al teatro, a una muestra; o leer, estudiar, escribir. El miedo al ocio me expuso a estas y otras tareas gozosas que me permiten estar siempre ocupada. Lo que quiero es perder ese miedo, aprender a rechazar una invitación a ver la última película de No Sé Quién como mis gatos rechazaron ese chiche tan bonito que les traje una vez de un viaje.

Había estado en Nueva York. Había comprado regalos para mis amigos y también para Pablito y Somalía: dos latitas de comida para gatos gourmets (venado y liebre) y un objeto que sobre una base forrada en tela verde tenía un resorte largo y erguido con un pompón amarillo en la punta. Se suponía que se iban a desmelenar apenas olieran la nébeda —una hierba seca que fascina a los gatos— escondida bajo la tela de la base: día y noche harían rebotar el pompón. Puse el chiche en el suelo y esperé. Se acercaron, de inmediato, intrigados. Olisquearon la yerba gatera, dieron vueltas con la mirada puesta en el pompón, se sentaron. Eso fue todo. Les mostré cómo rebotaba el pompón y sentí, frente a su indiferencia, la ventaja emocional e intelectual que me llevaban esos gatos. Miraban el chiche como si fuera un objeto que yo hubiera robado del Museum of Modern Art. Se tiraron a descansar en la valija abierta.

No pierdo las esperanzas de aprender pero tampoco me quejo de mis limitaciones: al contrario, hago virtud de la necesidad y afirmo que el miedo al ocio me dio dichas que tal vez no hubiera conocido con una vida interior más rica. El miedo al ocio me llevó a aventuras lindas y de las otras: un oficio, algunos viajes, tragos que nunca volví a pedir. Y, sobre todo, el miedo al ocio me puso en manos de la bondad de los extraños que me mostraron mil mundos reales e imaginarios más allá del mío.

Una noche de viernes sin planes me inventé una tarea: leí un artículo del ensayista Christian Ferrer sobre Ezequiel Martínez Estrada. Me gustó tanto que me animé a mandarle un mail al autor. En su respuesta, Ferrer me con-

EN ESA MEZCLA DE CONTEMPLACIÓN,
RECUERDO Y SENSACIONES
CONFUSAS,
DE PRONTO ESTABA
LLORANDO
SIN SABER POR QUÉ



Esso protege al yaguareté.

*Desde 1996 Esso y Parques Nacionales trabajan en el Proyecto Tigre,
el programa de conservación del yaguareté en el Parque Nacional Iguazú.*



tó que editaba la revista *Artefacto*. Me dio curiosidad y, apenas tuve otro momento peligrosamente desocupado, lo dediqué a buscarla y leerla. Un artículo del número dos, *Paul Feyerabend y la ciencia*, de Claudio Martyniuk, me encantó y me hizo comprar (en otro rato —horror— libre) la autobiografía de Feyerabend, *Matando el tiempo* (Debate, 1995), donde el filósofo de la ciencia contó:

—A menudo acompañaba a mi madre a la peluquería.

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor? —me preguntaban las señoras.

—Quiero jubilarme —respondía.

Mi respuesta tenía sus razones. Mientras construía castillos de arena en el parque, veía a hombres nerviosos con portafolios, corriendo en pos de los tranvías atestados.

—¿Qué hace esa gente? —preguntaba a mamá.

—Van a trabajar —decía mamá.

También había un señor mayor, sentado tranquilamente en un banco y disfrutando del sol.

—¿Por qué está aquí? —preguntaba.

—Está jubilado”.

Me hizo reír saber que *Feierabend* —como se escribía el nombre del anarquista epistemológico hasta que su abuelo le dio un toque de exotismo— es una palabra alemana que significa “tiempo libre de ocupaciones”. Tal vez esa sensibilidad ante la inacción le vino en el software de origen: en su mismísimo nombre.

A veces me pregunto si sé qué es el ocio: me resulta difícil ver la ausencia de ocupaciones como algo en sí y la defino mejor a través de su opuesto, como el bache entre una labor y otra. Para salir de dudas, busco la palabra *ocio* en el



Diccionario de la Lengua Española, y no me gusta lo que dice la Real Academia: "Cesación del trabajo, inacción o total omisión de la actividad". ¿Total omisión de la actividad? ¿Total? ¿El ocio no permite ninguna actividad? ¿Nada, lo que se dice nada? ¿Ni respirar? Preferiría no admitirlo, pero es obvio que —otra vez— me inquieta la idea de la muerte: ¿total omisión de la actividad?

Sin embargo, cuando mis gatos hacen fiaca no parecen aterrados como aquella noche de una mudanza que pasaron pegados, bajo una escalera, sin dormir ni comer ni conocer la casa nueva. Cuando hacen fiaca se desparrraman sin preocupación aparente y entrecierran los ojos. Los espío ahora, mientras escribo esto, echados sobre un almohadón naranja: Somalía se apoya sobre su costado derecho, con la cola pegada a las patas de atrás estiradas y una patita de adelante apenas flexionada; Pablito, apoyado sobre su costado izquierdo, pega su espalda a la de ella y se curva casi completamente, con las patas traseras sobre el hocico, como un botón grande y peludo. Un espasmo en una oreja de Somalía sigue al paso de una mosca, que parece no merecer más: a la hora de la siesta ningún gato persigue insectos. Lo demás —con perdón— es silencio.

Pablito abre los ojos. Lo perturba mi presencia, junto al almohadón, de pie. Me voy, para dejarlos en paz, pero él me sigue hasta la computadora frente a la cual me siento. Se sube al escritorio, se acomoda sobre una revista, me mira: parece desorientado, medio dormido, pero no revela una profunda angustia por la finitud de la vida que supongo que ignora. Dobla las patas delanteras hacia adentro, bajo el pecho, y

cierra los ojos: es la continuación de la siesta por otros medios.

Mi gato nada tiene que ver con esos seres vivos que, como yo, sentimos que desaparecemos de la faz de la tierra si votamos por la total omisión de actividad. Gente que rara vez elige quedarse sola y quieta, hacer fiaca, pensar en nada, tirarse en el pouf y dejar caer los brazos al costado y mover apenas los pies al ritmo de la música y cuando termina el compact simplemente escuchar el silencio y los ruidos de la casa o la propia respiración. Para mí el ocio es un paraíso quimérico porque me veo a mí misma —veo mis bordes, en este mundo— con más claridad si hago algo que si sólo soy un cuerpo que descansa.

No hacer nada como el temor a no existir: mi amiga Margarita Perata me dice, precisamente, que ya va a descansar cuando esté muerta. Comparto con ella la adicción al trabajo, como se dice ahora, y muchas veces hablamos de esa tendencia suya a convertir la oficina en una militancia, una causa por la que vale la pena dar la vida, que en este caso es dar una cantidad de horas desmesurada. "Me gusta tomar mi trabajo como una causa porque me gusta batallar —explica—. Creo que vale la pena pelear por las cosas en las que pienso y creo, y para bien o para mal me busco trabajos en los que hay gente con la que comparto algunos sentimientos o ideas."

Con la misma determinación pasa su tiempo libre: debe descansar, pase lo que pase. Los fines de semana saca una pila de películas del video y se sienta a verlas; también lee ficción con avidez y escucha música y se tira en una repose-
ra a dormir, desenchufada del mundo excepto por la frecuencia cerebral que deja abierta para escuchar a sus hijas, su

hijo o su marido. "El fin de semana es de relativo reposo porque tengo milicias que no tienen que ver con el trabajo sino con los sentimientos: soy madre, tengo una pareja, tengo amigos. Trato de darles lo que no puedo durante la semana, de responder a los sentimientos más básicos y duraderos."

Según Urribarri, la idea de que sólo vale lo que se realiza nos lleva a Margarita y a mí a creer que lo que hacemos nos da un lugar en el mundo. "Mucha gente no puede parar, aunque tenga tiempo libre, porque hay un malestar en la cultura, una nerviosidad moderna por la exigencia brutal de hacer por hacer." En una sociedad así, la droga más canchera en mi juventud quedó asociada a la lógica capitalista: un saque de cocaína levanta el cuerpo cansado. Y a producir, que chocan los planetas. Y a la noche nos divertimos como se debe: bares, discos, la casa de alguien. Y si se terminaba, ¿vendría el dealer a la madrugada?

Con los años, sentí que esa linda afición tenía también un aspecto demasiado agresivo para mí. Pero me asombra que la misma gente que saca cuentas condenatorias sobre lo que podría haber comprado —¿una casa? ¿un auto?— con lo que gasté en casi una década de papelitos, admire mis excesos laborales, que encuentro tan afines a los químicos en el afán de alejar la mirada del mundo interior. Pocos piensan que está mal entregar diez, doce, catorce horas del día propio al proyecto —a la ganancia— ajeno. El trabajo es un valor venerado.

Sin embargo, trabajar viene del latín *tripaliare*, torturar: "Derivado de *tripalium*, especie de cepo o instrumento de tortura, compuesto de tres y *palus*, por

los tres maderos cruzados que formaban dicho instrumento, al cual era sujetado el reo", dice Joan Corominas en su *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, uno de los libros que más amo porque me cuenta las historias de las palabras, como lazos familiares que dan sentidos extraordinarios a elementos corrientes del habla. "De trabajar deriva el sustantivo trabajo —sigue Corominas—, que conserva en la Edad Media y aún hoy en día el sentido etimológico de sufrimiento, dolor."

Mi amiga Michèle Guillemont me trae de Francia la reedición de *El derecho a la pereza*, de Paul Lafargue (Editions Allia, 2000). El texto apareció en 1881, cuando el proletariado iba a romper las cadenas de la explotación. Lafargue, un comunista muy peculiar, escribió contra una extraña locura —como la consideró— que poseía a las clases obreras y causaba penurias individuales y sociales, degeneración intelectual y deformación del cuerpo. "Esa locura es el amor al trabajo", escribió Lafargue, y acusó al proletariado de traicionar sus instintos y su misión histórica emancipadora al dejarse pervertir por el dogma del trabajo. Michèle me da el libro —en cuya tapa no hay hoces o martillos sino un gatito que se despereza— y se lamenta del rumbo que tomaron las luchas laborales: "Ya no se habla de la reducción de la jornada. Ahora se lucha por conseguir un trabajo miserable".

El texto de Lafargue termina: "¡Oh, Pereza, ten piedad de nuestra larga pena!". Lo acompañaría en el pedido si no encontrase peor la pena de la piquetera que dijo en televisión: "Entre estar al pedo en mi casa sin tener qué comer y estar al pedo en la ruta...". Lo mismo pienso al leer el mail de Roby





MUCHA GENTE

NO PUEDE PARAR, AUNQUE TENGA

TIEMPO LIBRE,

PORQUE HAY UNA

EXIGENCIA BRUTAL DE HACER POR HACER

Archivo Histórico de Revistas Argentinas



Argentin@s | www.ahira.com.ar

Viau —flamante desempleado luego de veinte años como broker exitoso—: "Quemo horas de gloria sin sentido. Pierdo la noción de las prioridades y me siento siempre en deuda conmigo. Me cuesta mucho relajarme y disfrutar de un momento de tranquilidad".

Si esas penas me parecen peores, no es por cierta culpa delirante que a veces da tener posibilidades de ocio tan distintas de las que tienen la mujer del piquete o el ex broker. Al contrario, el problema es lo que nos une: siento que más allá de nuestras diferencias, compartimos un mismo veneno. Urribarri describía el malestar de la cultura de hoy como "una nerviosidad posmoderna cuyo síntoma privilegiado es no poder parar, temer que se pierde el tren de la vida al bajar un minuto". Esa idea se ve igual de claramente en locos del trabajo como Margarita o yo, en excluidos del mercado laboral como la piquetera y en desocupados transitorios como Roby: todos creemos que hay un tren.

Para mis gatos, en cambio, no hay ruedas que rueden rápido hacia ninguna parte. Ellos prefieren los objetos sin movimiento: el sillón, el pouf, el almohadón, la cama, las sillas, el rectángulo del piso por el que se pelean cada mañana cuando el sol le da de lleno. Esa reyerta es la única transgresión al Estatuto Felino, una normativa nunca escrita, pero no por eso burlada, que establece el descanso como actividad para el 80 por ciento del día.

Mis gatos son muy respetuosos de sus leyes: Somalía dedica buena parte de su jornada a enroscarse sobre la manta rusa que está sobre la silla de mi escritorio; Pablito hace lo mismo sobre el almohadón que puse en una silla BKF

MI GATO NADA TIENE QUE VER

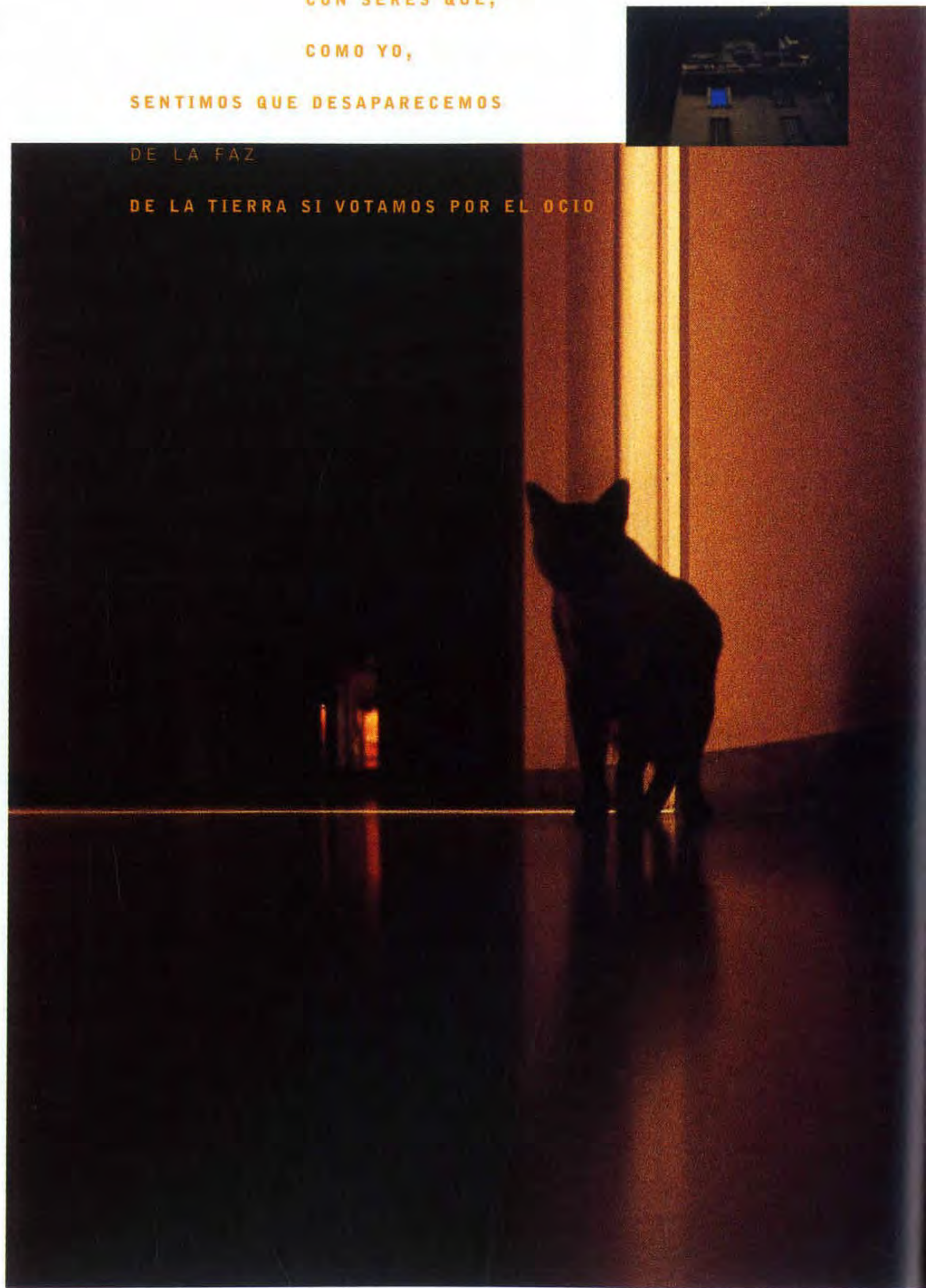
CON SERES QUE,

COMO YO,

SENTIMOS QUE DESAPARECEMOS

DE LA FAZ

DE LA TIERRA SI VOTAMOS POR EL OCIO



para evitar que la siguiera llenando de pelos. Si olvido cerrar la puerta de mi dormitorio, prueban la cama; si además dejo abiertos los placares, alguno aparece entre la ropa.

Se levantan cuando me levanto, me persiguen con sus cabezazos de amor hasta que les pongo en sus platitos rojos su comida para gatos y se entregan a la primera sesión de descanso del día. Si hay música para acompañarla, mejor; no tienen muchas exigencias pero sí algunos límites: ni *Los Auténticos Decadentes* ni los *Sex Pistols*. Si Martha Argerich toca a Robert Schumann descansan, inmóviles, con los ojos entreabiertos, melómanos o snobs. En cambio, si *Cucho Parisi & amigos* reclaman "Vení, Riquel / vení con los muchachos", o si Sid Vicious aúlla la mejor versión de *My Way*, Pablito mueve la cola nervioso, espera unos segundos y, ya que no puede dormir, busca algo para hacer: cazar, por ejemplo, una de mis banditas elastizadas para el pelo.

Cada vez que regreso a casa, sea de una breve salida o muchas horas en el trabajo, se acercan a la puerta a recibirme, con los ojitos más cerrados que abiertos, y vuelven al reposo. Algunos días desarrollan otras labores gatunas: el papel higiénico traza una ruta embrollada del baño al living, una lapicera yace mordisqueada en la cocina, el tapizado del sillón está un poco más deshilachado. El día de Somalia y Pablito termina con otra siestita antes del alimento balanceado. Y a la noche, duermen.

Los miro hechos bollos sobre alguna superficie suave y pienso si un gato no habrá inspirado la canción de John Lennon *I'm only sleeping* (Sólo estoy durmiendo): "Tengo un ojo puesto en el

mundo que pasa frente a mi ventana / Me tomo mi tiempo / Tirado acá, mirando el techo / Esperando que llegue el sueño". Pienso también en mi propio bollo, el que me ocupa la cabeza, que se combina perfectamente con el signo de los tiempos y hace que me cueste tanto estar tirada acá, mirando el techo, y a la vez me guste tanto esa canción de los Beatles.

Quisiera aprender a derramarme en el sillón como mis gatos para mirar la pared y nada más. Porque las pocas veces que logré hacerlo sucedió algo maravilloso: me distraje y se abrió un tiempo dentro del tiempo —un tiempo con reglas propias, como el relato— que me llevó a un mundo de ilusiones imprecisas, un estado de conciencia floja. En esa mezcla de contemplación, recuerdo y sensaciones confusas, de pronto estaba llorando sin saber por qué o comprendía la última oración de un diálogo que nunca tuvo lugar.

La voz de Liliana Herrero, por ejemplo, cantaba "serenamente digo 'soy un ángel' / y me debes creer, y me debes creer". Y de inmediato, descañado mi pensamiento, ya no sabía quién decía —o no me importaba quién decía— que "ningún platillo de la balanza sube o baja / bajo mi peso, / incorpóreo, ligero, desnudo, / como la luz": sólo fijé la vista en el balancín de opio regalo de Fogwill que cuelga de la pared y una fantasía sin forma, sin un sentido narrativo preciso, me recordó que, aun sin hacer algo, estaba allí. Esa especie de sueño en la vigilia existía simplemente porque yo era quien soy. Fue raro reconocermé, desprendida del mundo y de los otros, de toda acción y todo borde, y sin embargo con mi timbre particular de voz ■

**7.000 eventos
gratuitos**

**Parques y plazas
de la Ciudad**

TEATRO

DEPORTES

RECITALES

TANGO

TITERES

CINE

JUEGOS

FOLKLORE

BAILES

TALLERES

CAFE LITERARIO

ACROBACIA

JAZZ

DANZA

MIMOS

CLOWNS

VARIETE

PEÑAS

KERMES

MILONGA

veranoBuenosAires



A ESE AMIGO QUE ME DICE
QUE SE ABURRE PORQUE NO PUEDE TRABAJAR,
LE CONTESTO QUE EL TEDIO ES UN ESTADO SUPERIOR,
Y QUE SE LO DEGRADA
AL RELACIONARLO CON LA IDEA DE TRABAJO

EMILE CIORAN, CONTRA LA HISTORIA

DICHOSOS LOS QUE SABEN
QUE EL SUFRIMIENTO
NO ES UNA CORONA DE GLORIA

JORGE LUIS BORGES, FRAGMENTOS DE UN EVANGELIO APOCRIFO

LA VIDA ES ESO QUE PASA MIENTRAS ESTAMOS EMBARCADOS EN OTROS PLANES

JOHN LENNON, REPORTAJES DE PLAYBOY

EL HOMBRE SE PIERDE EN SU EMPLEO

MARTÍN HOPENHAYN, IDEAS

YO TE INVITO A QUE TE ABURRAS CONMIGO

PABLO NERUDA, EXTRAVAGARIO

SI EL TRABAJO ES SALUD, QUE TRABAJEN LOS ENFERMOS

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NO HAGO OTRA COSA QUE PENSAR EN TI

JOAN MANUEL SERRAT

DARSE TIEMPO DE CAMINAR SOLO
PARA DESEAR PAUSADA
INTENSAMENTE

EDUARDO D'ANNA, OBRA SIGUIENTE

QUE UN HOMBRE PUBLIQUE TRES O TREINTA ARTÍCULOS POR AÑO
ES ALGO DE POCO INTERÉS PARA EL MUNDO

ROBERT STEVENSON, PENSAMIENTOS

NO QUISIERA MORIR
SIN QUE SE HAYAN INVENTADO
LAS ROSAS ETERNAS
Y LA JORNADA LABORAL DE DOS HORAS
BORIS VIAN, NO QUISIERA REVENTAR

RODÉATE DE ROSAS, AMA, BEBE
Y CALLA. EL RESTO ES NADA

FERNANDO PESSOA, POESÍA COMPLETA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Daniel Link** Escritor. El año pasado publicó su primer libro de poemas, "La clausura de febrero y otros poemas malos"

DIARIO DE UN PEREZOSO



"La autobiografía tiene que ver con el tiempo, con la secuencia y con lo que forma el flujo continuo de la vida. Aquí, estoy hablando de un espacio, de momentos y discontinuidades."

WALTER BENJAMIN. CRÓNICA DE BERLÍN.

lunes 20/11 Hace unas semanas que no atiendo el teléfono ni contesto mensajes. *Déjà fait*: cada tanto caigo en esos períodos de indiferencia ante todo. Ventajas de las profesiones liberales (ventajas de clase): puedo caer en pozos profundos de inactividad sin que nadie lo note... Puedo reducir al mínimo las actividades necesarias para mi supervivencia física y posponer indefinidamente todas las demás. Ayer me pusieron el decodificador para los canales *premium*. Cada ronda de *zapping* dura ahora catorce segundos más. Supongo que mi cuota de masturbaciones semanales aumentará considera-

blemente estos primeros días. Hago listas con las cosas que debería hacer: mudarme, conseguir un plomero, comprar lamparitas, dejar de fumar, arrancarle a algún editor por mi novela *La ansiedad* alguna suma suculenta que me permita comprar las desproporcionadas cantidades de sustancias recreativas que mi amor y yo consumimos en las largas noches de caricias a las que nos entregamos.

Lo último que hice fue ese *Foucault* que gustó tanto pero que a mí me dejó vacío de deseos, de todo deseo. "La locura: ausencia de obra", decía el maestro. He perdido como catorce turnos de dentista. He abandonado mis sesiones. Ya ni siquiera sigo con regularidad la programación de Sony. Apatía. Abulia. *Rien*.

martes 21/11 Me siento un poco fotofóbico pero me asusta cerrar los ojos. Esta mañana, a las seis, después de una noche tumultuosa, me preguntó: "¿Querés que me vaya?" Le contesté que sí. No quería que se fuera, pero decirle "no" me hubiera obligado a explicar más cosas. Y no tenía ganas. *Rien*. Ahora es la tarde y debería ir a un cajero automático para conseguir plata y poder retirar mi ropa del Laverap.

miércoles 22/11 Me llamó el director de Latido para pedirme un artículo sobre la pereza. Una meditación sobre la pereza. Una reivindicación del derecho a no hacer nada. En un raptó de inconciencia (o vanidad), acepté la propuesta. ¿Diario de un perezoso? ¿Libro del fracaso? *Preferiría no hacerlo: Bartleby*.

No sé si saldremos, esta noche, o nos quedaremos en casa. No sé dónde estará ni qué querrá hacer. Sólo puedo esperar su venida.

viernes 24/11 Cierro los ojos y lo veo. Abro los ojos y desaparece, borroneado por los ruidos del mundo (un televisor en segundo plano, el disco de Divine Comedy que no puedo dejar de escuchar en primer plano, un ventilador en tercer plano, el olor del tabaco, la ausencia del cuerpo que quiero y que deseo pero que no sé cómo retener a mi lado, de *mi* lado).

Cierro los ojos con fuerza y vuelve a aparecer. Es un chico flaco, de seis o siete años, tirado en el suelo, en un pasillo fresco y apenas iluminado por el tubo de un televisor en blanco y negro. Acostado en el suelo, el chico (¿pantalones cortos? ¿remera rayada? ¿zapatos?) mira televisión, mira la nada: un capítulo de *Viaje a las estrellas* que no comprende del todo, o un dibujo animado, lo que sea. Su cara redonda, con ojos grandes y orejas de las cuales sus compañeros de colegio se burlan ya con simpatía, parece una máquina de percibir, un *perceptrón*. Y sin embargo, el chico no ve nada. Mira nada, y no ve ni oye nada, acostado en el suelo fresco de un pasillo umbrío, frente a un televisor que murmura frases sin sentido. El chico no sólo no ve nada, tampoco entiende nada. Y está allí sencillamente porque la televisión le permite simular que hace algo, que ve algo, que entiende algo. Pero falta parte de sí: algo del orden de la voluntad, o de la furia, o de la esperanza. Y allí está él, tirado (¿pantalones cortos, remera?), ausente de todo y de sí mismo.

Abro los ojos y desaparece, o se borronea entre las lágrimas que se me escapan ante un fragmento particular de una canción de amor (tal vez este: "Everybody knows that I need you, except you"). "¿Cómo retenerte de este lado?", pienso, casi en voz alta, por-



NO QUERÍA QUE SE FUERA, PERO

DECIRLE "NO"

ME HUBIERA

OBLIGADO A EXPLICAR MÁS COSAS.

Y NO TENÍA GANAS

que siento (como cada vez que está ausente) que su ausencia es definitiva, que no me quiere lo suficiente, que no *hago lo suficiente* para que se quede a mi lado. Qué tristeza da a esta hora. Inútil intentar pensar en la pereza, salvo como forma activa de la melancolía, esa variación morbosa (y dulce) del luto, del duelo, de la pérdida. No tengo ganas de nada. ¿Alguna vez tuve ganas de algo? *Néant*.

Cierro los ojos, para evitar mayores derramamientos de solución fisiológica. Y veo de nuevo a ese chico de ojos y orejas enormes, perdido, ausente, absorto. Como si fuera un personaje de una novela de David Leavitt (tal vez, *Amores iguales*), me gustaría acercarme a ese chico y decirle que no esté triste, que no se haga problemas,

que no sufra, que alguna vez va a entender todo (o al menos algo). Uno de sus mejores amigos de aquellos años se llamaba Bernardo. Los dos tenían una idéntica pasión por los animales de plástico, que ambos coleccionaban. Otro de sus mejores amigos se llamaba Bergman y todos le decían "el loco Bergman". Nunca terminó de entender si era por él en sí o porque su padre regenteaba una clínica psiquiátrica (en la que, por esas casualidades del destino, el padre del chico fue internado en uno de sus desaforados episodios de alcoholismo). Con el loco Bergman se dedicaban a inventar planos de tesoros enterrados —tesoros que ellos mismos habían enterrado previamente—, dibujados, ensuciados y envejecidos para darle más verosimi-

litud a la búsqueda, en una instancia previa del juego que decidían olvidar más adelante. Otras veces fabricaban mortíferas armas marcianas con frutos típicos de la región y piezas sueltas de cañería (les encantaba el bronce). Estos dos amigos iban con el chico al colegio, a su mismo grado. Casi no hablaban, durante sus juegos infantiles.

Pero un espasmo amargo de llanto me devuelve a mí, a este presente diversamente sombrío, y me doy cuenta de que no hay manera de decirle a ese chico, como en la canción que suena ahora, "Tonight we'll fly". Nada que hacer, estaría mintiéndole. Sólo podría decirle: "Y lo que te espera, todavía".

Abro los ojos. Pienso qué me pondré para la fiesta a la que voy a ir a la noche. Qué me pondré y con qué me



colocaré, qué máscara de la histeria desarrollaré. "Tonight we'll fly". Cambio el disco. Bethánia me arroja a una tristeza más primitiva, más grasa. Me conecto a Internet. Chateo. Intento masturbarme, pero no tengo ganas. Busco bibliografía sobre "Pereza", sobre "Abulia", sobre "Ocio", sobre "Melancolía", sobre "Acedía", sobre "Fiaca". Sólo para llenar el tiempo, para simular que hago algo, para que parezca que ocupo mi tiempo, que lo aprovecho. Sólo para no cerrar los ojos y tener que ver a ese chico.

Sólo para no mantenerlos abiertos a la conciencia definitiva de este cuerpo que nunca supe y que nunca sabré retener de mi lado. Se fue, se llevó todas sus cosas. Algo de su ropa interior volverá del Laverap, debajo de la cama

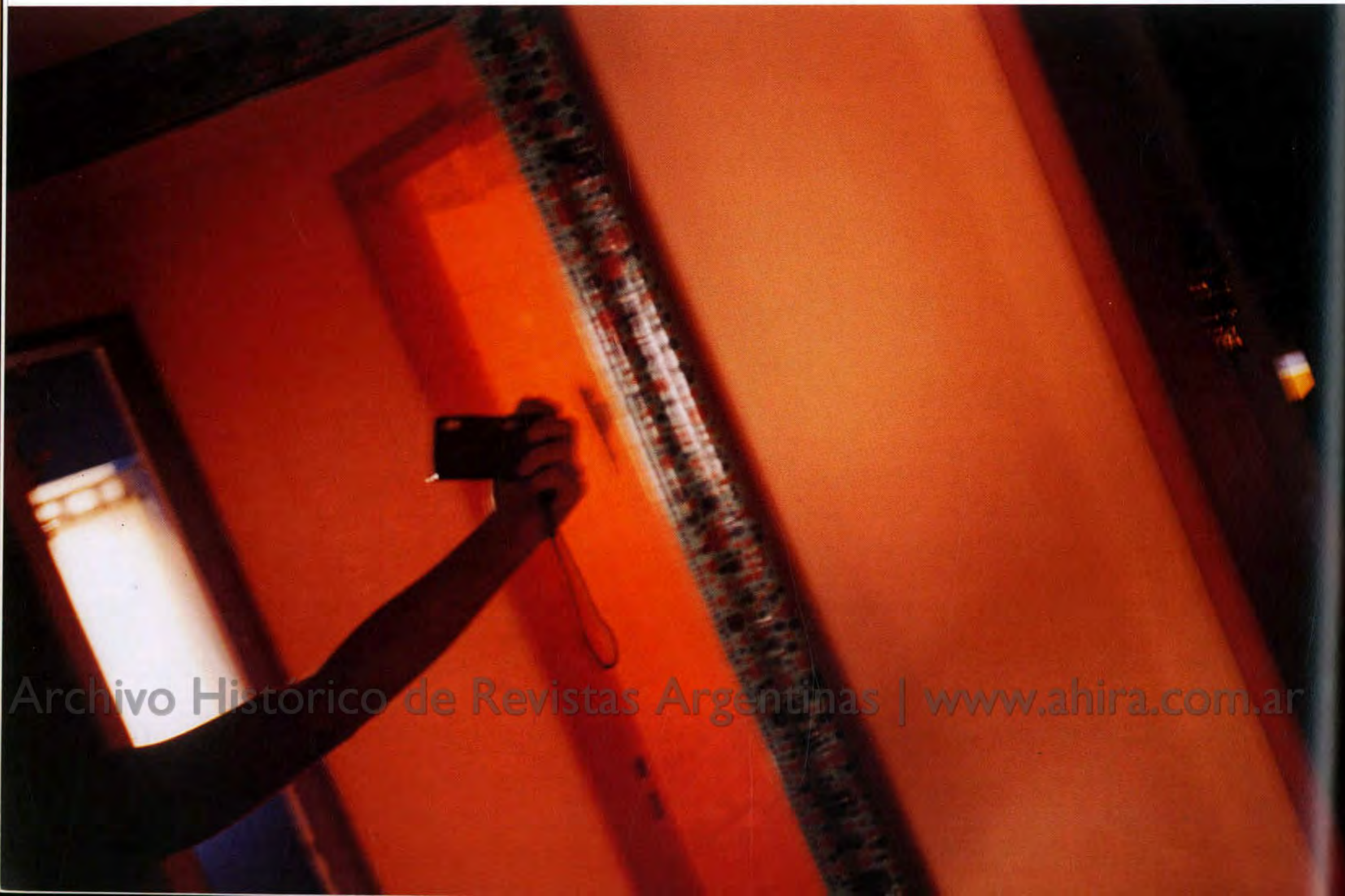
hay un par de zapatos suyos. En el escritorio de mi computadora, una carpeta lleva su nombre.

Me bajo archivos de la Biblioteca Nacional de Francia (cuya nueva sede, forrada con maderas del Amazonas, no conozco), hago búsquedas en la biblioteca de Duke University, donde está viviendo mi amigo Raúl Antelo.

lunes 27|II "Todo lo que puedas hacer, hazlo en tu (pleno) vigor, porque no hay en el sepulcro, adonde vas, ni obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría" (*Eclesiastés*, 9: 10). Qué deprimente es la Biblia. Entiendo la necesidad que tienen los Estados de moralizar al "pueblo", pero supongo que podrían haber inventado métodos menos bizarros. Curiosamente, aunque el chico

que alguna vez fui nunca tuvo educación religiosa, mi mayor temor infantil fue siempre (¡sigue siendo!) ser "un inútil", o "un vago". Cosas de la ideología, que se forma con pedazos de "sabiduría" tomados de aquí y de allí y se transmite así, clandestinamente. Por supuesto, lo más interesante sería relacionar la pereza con la melancolía y la acedía (tristeza de la inacción). De ahí, toda una política: no hay alegría en la pereza, pero hay felicidad, por su potencia revolucionaria.

martes 28|II Es mediodía y no puedo abrir los ojos todavía. Estoy despierto en la cama, escuchando el ruido del ventilador de techo, pero no puedo abrir los ojos. Veo a ese chico flaco,



"debilucho", introvertido. Una vez, la maestra llevó a todos los chicos a una plaza. Jugaban, los niños: en las hamacas, en el tobogán; se dividían en ejércitos enemigos y se acribillaban con pelotitas de paraíso o, peor aún, de plátano. El chico de orejas y ojos grandes, en cambio, miraba las hormigas. Durante todo el paseo, miró una hilera de laboriosas hormigas. ¿Qué piensa ese chico? ¿Qué pensamientos pasan por su cabeza? (Me cuesta ser un narrador omnisciente.)

Cierro los ojos todavía más fuerte y me dejo llevar hasta el pozo de su conciencia. Mirar las hormigas, ese acto mínimo, es para él como un apenas comprensible espectáculo televisivo. A la pregunta materna "¿Qué hiciste hoy?", podrá contestar con la tranquilidad de no estar mintiendo: "Nada". Hacer algo que sea (casi) nada. *Néant*. La desaparición del delito, dicen los juristas que dice el Código Civil, puede suceder por "fuerza física irresistible", "alteración morbosa de las facultades mentales" o "acto reflejo". "Lo que hice fue nada", piensa —sé que piensa— ese chico melancólico e insoportable, con la certeza de que "nada", no haber hecho nada es siempre mejor que haber hecho algo inexplicable. Y, para él, todo es inexplicable. Porque no entiende nada. ¿Alteración morbosa de las facultades mentales o acto reflejo? Acto reflejo, más bien del lado del automatismo corporal: el cuerpo abandonado de casi toda conciencia.

Abro los ojos. Sólo puedo ver que estoy solo en esta cama revuelta. Mi cuerpo, abandonado por su conciencia. Levemente excitado, consigo masturbarme con cierto éxito: un gemido prolongado obtenido con muy pocos movimientos.

jueves 30/11 "Ve, ¡oh perezoso!, a la hormiga; mira sus caminos y hazte sabio. No tiene juez, ni inspector, ni amo. Y se prepara en el verano su mantenimiento, reúne su comida al tiempo de la mies. O ve a la abeja y aprende cómo trabaja y produce rica labor, que reyes y vasallos buscan para sí y todos apetecen, y, siendo como es pequeña y flaca, es por su sabiduría tenida en mucha estima. ¿Hasta cuándo, perezoso, acostado? ¿Cuándo despertarás de tu sueño?" (*Proverbios*, 6: 6-9.)

viernes, de madrugada *Hasta cuándo, hasta cuándo. Preferiría no hacerlo.* Bartleby, el escribiente —cuenta Melville—, un día dejó de hacer cosas, salvo las imprescindibles para su supervivencia física. A cada sugerencia, a cada pedido, a cada orden de su jefe (cada vez más exasperado), contestaba siempre "Preferiría no hacerlo". Mis amigos no cesan de acercarme libros sobre la pereza y el ocio. Y yo recibo encantado todo ese material riquísimo en sugerencias y en posiciones filosóficas y políticas. Pero pienso (porque sólo tengo espacio para pensar en su ausencia: *hasta cuándo, hasta cuándo*): *preferiría no hacerlo*. Miro los libros y cierro los ojos. Como en el más barato de los tangos apoyo mi cabeza sobre la pila ominosa de bibliografía.

Allá abajo, en el fondo de mis ojos cerrados, aparece el chico (¿pantalón corto, remera rayada? Ojos grandes, orejas grandes). Le han regalado una bicicleta. Tratan de que la use, de que aprenda a andar en bicicleta. Después de dos o tres escándalos, su familia cesa en ese propósito descabellado. El prefiere no aprender a andar en bicicleta. Lo asusta la movilidad, la exposición, la necesidad de focalizar su atención en algo exterior a su cuerpo,



ABRO LOS OJOS.

PIENSO

QUÉ ME PONDRÉ PARA LA FIESTA,

QUÉ MÁSCARA DE LA HISTERIA

DESARROLLARÉ

eso que todavía no entiende. Lo paraliza la sola idea del ejercicio de una acción. ¡Vaya a saber en qué ridículas competiciones tendrá luego que participar! Nunca aprenderá a andar en bicicleta. *Prefiere no hacerlo*. Una vez, sus primas divulgaron que él había dicho, apenado por alguna puerilidad, "Ojalá estuviera muerto". Cundió el temor de que quisiera "acabar con su vida". Nada más remoto. Incapaz de hacer nada, como Bartleby, salvo las cosas imprescindibles que garanticen su supervivencia física, el niño jamás podría "acabar con su vida". "Eso", piensa el niño (en el fondo del pozo de su conciencia, lo sé, lo sé), "sucederá irremediablemente sin intervención alguna de todo lo que en mí es falta: de voluntad, de furia, o de esperanza". Para qué desperdiciar esa única, pura, definitiva inercia de las cosas.

Abro los ojos. Me siento un poco fotofóbico. Busco un canal con poca luz. Dejo en Fashion TV. No necesito seguir ninguna trama y la música está buena.

Cierro los ojos: el chico invitó a sus amigos a su casa, a que anden en bicicleta. El, sentado en la vereda, los mira pasar, como si fueran hormigas hiperveloces.

martes 5/12 Un fin de semana tormentoso. Abandonado como está mi cuerpo por su conciencia, y con la mía propia vagando lejos, tratando de entender algo (por ejemplo: su abandono) me entrego a automatismos corporales. El viernes hubo una fiesta. Entre otras "performances" estaba programado el desfile de las pañoletas que hace María Moreno, exhibición que yo mismo venía impulsando desde hace meses. En algún momento, Fernanda Laguna vino a buscarme para

que desfilara una pañoleta. Le dije que no, naturalmente. Me llevó de la mano. Quedé parado junto a Pablo Pérez y le dije: "Yo no pienso desfilar ninguna pañoleta, no sé qué estoy haciendo acá". Sabiamente, Pablo Pérez contestó: "Hacé lo que quieras". Yo no quería hacer nada. *Rien*. María Moreno había organizado el desfile de pañoletas de tal modo que yo llevara la que correspondía a "la novia". "Yo no me voy a poner esta pañoleta", decía yo, con mi más sarcástica sonrisa. "Dale, dale", decía Fernanda mientras me la acomodaba. Y Fernanda, y Ale, y Roberto y Pablo y no me acuerdo quién más nos dimos las manos y desfilamos las pañoletas. Y yo, mientras me movía entre las mesas, me decía: "*Preferiría no hacerlo*". Automatismos corporales. *Néant*. Anoche fue el episodio del hotel Alvear, que no tengo ganas de volver a contar.

Cierro los ojos: el chico sigue mirando televisión. Lo han obligado a dejar de chuparse el dedo o el labio inferior. Pero él dobla la lengua hacia arriba y presiona el paladar con el mismo rédito y, todavía, mayor economía de movimientos.

jueves 7/12 Ha llegado el momento de explicarme. Tendría que llamar al director de Latido para contarle que desde hace varias semanas no estoy haciendo nada o, lo que es más exacto, que estoy *prefiriendo no hacer nada*, como para que no espere este artículo, esta "meditación" sobre la pereza, el ocio y el arte del *dolce far niente*. Pero hasta ese llamado preferiría no hacerlo.

Ha llegado el momento de explicarme. "Quise hacer las cosas en orden y empecé leyendo la Biblia", le diría. "Y me pareció deprimente el modo bizarro en que la religión ha mora-



AL CHICO LE HAN REGALADO

UNA BICICLETA.

TRATAN DE QUE

LA USE,

PERO ÉL PREFIERE NO HACERLO

www.ahira.com.ar

lizado a la gente. Y la depresión comparte medianera con la melancolía", le contaría. "Y de la melancolía a la depresión hay sólo un pequeño paso para el hombre, pero un gran paso para la humanidad", agregaría. Para concluir: "Entonces, estoy ahora en la fase depresiva. Tengo que esperar que me llegue la fase maníaca para poder hacer *algo*, para poder hacer *todo*". Pero ignoro hasta dónde podría llegar a engañarlo con un razonamiento tan burdo, tan poco elegante (recuerdo, eso sí, haber comido hormigas colombianas salteadas en su casa).

Ha llegado el momento de explicarme. La única razón por la cual la Biblia tiene necesariamente que proponer una vida transmundana, o vida después de la vida (con sus protocolos

de acceso, sus instituciones, sus mecanismos de premiación y de ascenso social) es porque, previamente, ha hecho la condena radical de la pereza (madre de todos los vicios). La Biblia no está nada mal como código laboral. El mundo, para los apóstoles, profetas y demás delirantes que colaboraron en la redacción de ese código, no es sino un McDonald's. La fe hace al empleado del mes. Ha llegado el momento de explicarme.

viernes 8|12 Hoy vencía la convocatoria para una beca suculenta a la que esperaba presentarme para garantizarme un año entero de inactividad: mirar las hormigas, la televisión, chatear en Internet. El *deadline* era a las cinco de la tarde y a las cuatro conseguí terminar

de imprimir un viejo proyecto para una instalación multimediática que había imaginado en mayo, en Europa. En Europa (Viena, Barcelona) estaba de moda el "trabajo" como tema de reflexión estética. Cinco menos cinco llegué a entregar la carpeta para la beca suculenta. Eramos varios, los rezagados. Me fui a tomar un café con Vivi, que quería que charláramos sobre su propia reflexión sobre el trabajo, *El precio de un brazo derecho*, que ella, con gran audacia, fundamentó en Bachelard (yo hubiera elegido a Toni Negri, pero igual no importa). Hablar con artistas es muy lindo, porque el no hacer nada adquiere el formato (y el precio) de *ocio creador*. *Otium*, *opium*, opio. La droga de la pereza es la heroína, naturalmente. *Neg-otium*, nego-

cios, mercancía, mercadería, merca. Los abogados dicen que compren cocaína cuando tienen que terminar para el día siguiente un recurso de amparo o un contrato del cual dependen los jornales de cincuenta obreros de la construcción y la responsabilidad civil ante posibles incendios o accidentes de trabajo. En todo caso, de los negocios necesarios para que el mundo siga andando que se encarguen otros (los abogados): no tengo ningún interés en que el mundo siga andando (así). No se puede seguir así. No podemos seguir así. No puedo seguir así. No sé bien si de la charla con Vivi o de una charla previa con Gabriela Mas-suh —sobre las políticas del Estado en relación con los museos— o con Beatriz Sarlo —sobre la izquierda, sobre la relación entre trabajo y representación y sobre su artículo sobre el stand argentino en la Exposición Universal de Hannover— me queda la sensación de que no voy a ganar esta beca y el año que viene voy a tener que trabajar.

sábado 9|12 No sé a qué fiesta fui anoche. Volví pensando que iba a masturbarme pero me quedé dormido en la segunda o tercera ronda de zapping. Me despierta el teléfono. Es mi mamá. Me pregunta qué hice. "Nada", le contesto. "¿Y vos?", le pregunto. "Nada", me dice. Hace como diez días que no hablábamos por teléfono. "Entonces, ¿ninguna novedad?", me pregunta. "¿Regaste las plantas?", le contesto. "No, para qué. Con lo que está lloviendo."

Cierro los ojos. Veo un arco iris formado en el agua de la manguera. El chico riega las plantas. Lo acusan siempre de hacer charcos, de no regar bien, de quedarse quieto mirando cómo cae el agua.

Abro los ojos. "Sí, está lloviendo mucho", digo. "¿Estabas ocupado?", me pregunta. "No mucho", le miento, "estaba escribiendo una nota sobre la pereza para la revista Latido". Se ríe. No le pregunto por qué. Ella acaba de jubilarse y no sabe bien qué hacer con su tiempo. Se compró una bicicleta fija para pedalear mientras mira televisión. La usa poco y nada. "Bueno, almorcemos un día de estos", le digo. "Sí, te llamo cuando vaya para allá", contesta, manda besos y corta. Sigo con el zapping, huelo las almohadas, cierro los ojos.

Casi puedo oler la tierra recién regada bajo el arco iris de la manguera.

Abro los ojos. En la cama, a mi lado, un libro abierto y subrayado donde leo: "La parálisis es imagen del entorpecimiento que padece el perezoso" (San Jerónimo, en *Catena Aurea*, vol. IV, p. 56).

miércoles 13|12 Al principio de mi lista de cosas por hacer leo: "Hablar con el director de Latido. Ha llegado el momento de explicarme". Pero me he saltado ese ítem y he tachado, debajo, "ir al cajero automático", "buscar ropa del Laverap", "ir al súper". Luego viene una lista de lecturas:

Abraham, Karl. *Préliminaires à l'investigation et au traitement psychanalytique de la folie maniaco-dépressive et des états voisins* (1912)

Adorno, Theodor-W. *Mínima moralía. Reflexiones desde la vida dañada* (1951)

Balmes, Jaime. *El criterio* (1845)

Binswanger, Ludwig. *Mélancolie et Manie* (1960)

Casiano. *Instituciones*

Foucault, Michel. *Histoire de la folie à l'âge classique* (1960)

Freud, Sigmund. *Duelo y melancolía* (1917)

Kristeva, Julia. *Sol negro. Depresión y melancolía* (1987)



YO, COMO WALTER BENJAMIN,
"VINE AL MUNDO BAJO EL SIGNO
DE SATURNO,
EL ASTRO
DE REVOLUCIÓN MÁS LENTA"

Lafargue, Paul. *Le droit à la paresse* (1999)

Lambotte, Marie-Claude. *Le Discours mélancolique* (1993)

Malèvitche, Kasimir. *La paresse comme vérité effective de l'homme*

Pansaers, Clément. *L'apologie de la paresse*
San Juan de la Cruz. *Cántico espiritual* (1618)

Sontag, Susan. *Bajo el signo de Saturno* (1978)

Spinoza. *Ética* (1677)

Starobinski, Jean. *Histoire du traitement de la mélancolie dès origines à 1900* (1960)

Fui tachando Abraham, Foucault, Freud, Kristeva, Lafargue, Sontag, San Juan de la Cruz. Decidí que Kristeva y San Juan de la Cruz son lecturas que ya he hecho en algún momento de mi vida. Creo que es mentira. Me acuerdo perfectamente de haber hablado de *Sol negro* con Enrique Pezzoni, cuando salió traducido en Catálogos, y me acuerdo de haber conversado de San Juan de la Cruz con Ana Becciu, que lo adora, pero no creo que los haya leído. En todo caso, los más importantes son los libros religiosos y teológicos, deduzco de mi obsesión mórbida por la Biblia durante las últimas semanas. La lista de cosas por hacer incluye 30 ítem por debajo de la lista de lecturas. Sólo taché: "Devolverle su ropa interior y sus zapatos". Debajo, todavía, dice (y no lo he tachado): "Decirle que me dejó llevar por la melancolía, o la pereza, o la acedia, cuando su cuerpo no está a mi lado y cuando mi propio cuerpo queda abandonado, sin su conciencia".

jueves 14/12 Anoche fui a la fiesta del año. Era la fiesta de fin de milenio de *ramona*, cuya primera parte era un remate de obras de arte falsas. *ramona* es la única revista para la que puedo colaborar regularmente por la brevedad de los comentarios que me piden (diez líneas, que puedo liquidar en una tarde). Nadie se atreve a decirlo,

pero sospecho que *ramona* es un club de perezosos o de melancólicos. Las reuniones de cierre, a las que todavía no fui nunca, son auténticas fiestas —me cuentan. Eso se nota en la revista, creo. Y eso explica, también, su potencia revolucionaria. Deleuze, que junto con Toni Negri es de los mejores lectores de Spinoza, proclamó —y todavía hay gente que se niega a oír ese grito de batalla—: "Sólo lo menor es grande y revolucionario". Para no hablar de otros revolucionarios perezosos. Yo, como Benjamin, "vine al mundo bajo el signo de Saturno, el astro de revolución más lenta, el planeta de las desviaciones y demoras". Apenas un año de *ramona*, que es un gigantesco amplificador de todas las minoridades, ha alcanzado para cambiar el destino de las artes visuales en la Argentina. Piglia se fue temprano, una pena. Vivi, como rematadora, estuvo genial. Compré un falso Pombo. "Quebré lanzas", como dijo Silvia Fehrmann, porque fui el primero en comprar. Era un Pombo lesbiano hecho por Fernanda Laguna. Más tarde, ella se alegró mucho de que quedara en mis manos. Me conmovió mucho el texto de mi falso Pombo, que decía: "Mi marido se pone como loco cuando los hombres me miran".

Las ofertas por los falsos Minujin, Kuitca o Warhol subieron escandalosamente. Anoche cambió algo en el país de la *llanura de los chistes* que es la Argentina. Estuve de ánimo festivo (preguntándome por qué estaba solo, por qué no puedo retener su cuerpo de mi lado), disfrutando por una vez de ser argentino. Me acordé de ese fragmento sobre la laboriosidad de Guillermo Enrique Hudson, que debería incorporar a mi nota (¿cuándo era el *deadline*?). Tendría que llamar al director de Latido.

viernes 15/12 Estaba bien *Allá lejos y hace tiempo*, después de todo. Hay una pereza patológica, una pereza moral, también una pereza étnica (o, lo que es lo mismo, *de clase*), la pereza argentina de la que habla Hudson: "Separado del caballo, los movimientos del gaucho parecen desmañados y torpes, semejante a esos tardígrados mamíferos de hábitos arbóreos, cuando los arrancan de los árboles en que se trepan. Camina el gaucho un poco a la manera de los patos, asentando los pies hacia adentro, y como si echara de menos las riendas en las manos. Esto acaso sirva para explicar por qué los extranjeros juzgándolo desde un punto de vista muy personal, lo acusen invariablemente de perezoso".

"En *El viaje de un naturalista*, Darwin, hablando de la supuesta indolencia de los gauchos, cuenta que en un lugar donde había gran demanda de trabajadores encontró cierta vez a un pobre hombre en actitud perezosa y le preguntó por qué no trabajaba. La respuesta del individuo fue que estaba demasiado pobre para trabajar."

Como buen argentino, demasiado pobre o *carente* para trabajar, me limito a esperar su próxima venida. ¿Cuándo vendrá? ¿De qué humor vendrá? ¿Seré capaz de mantener su cuerpo junto al mío? ¿Tendrá algún contrato que terminar, mientras yo miro los capítulos repetidos de Sony?

Debería hacer de esta pereza patológica (si es que viene de mi acedia) o étnica (si es que sencillamente se debe a que soy argentino), una pereza moral, y por lo tanto política, es decir: revolucionaria.

sábado 16/12 Un tal Fernando López Castro, en su *Elogio de la pereza* determina cuatro clases: eufórica, sufrida,

dolorosa y huraña. Ahora me doy cuenta de que somos de perezas diferentes (la mía es huraña, la suya es eufórica). Tal vez por eso es que nos masturbamos por separado.

domingo 17|12 Me pregunto qué pasará con la Navidad. Mi mamá me dice que quiere pasarla sola, en el campo, con otra jubilada y viuda reciente como ella. Me dice que no tiene ganas de nada. Yo podría pasarla solo, también, mirando televisión. Están los amigos de familias judías, pero seguro ya organizaron prenderse en alguna otra fiesta. Voy a comprar champagne (lo agrego a mi lista) y voy a mirar tele. A veces me hacen llorar los capítulos navideños de Sony. ¿Cuánta plata me quedará en el banco? Puedo tachar de

la lista "comprarme ropa" porque me voy a quedar mirando tele.

Cierro los ojos. Ahí está el chico con su remera rayada y su pantalón corto, mirando caracoles en el patio de su casa mientras alrededor crece la algarabía navideña. Le diría, si pudiera, si tuviera sentido: "No sabés la que te espera".

Me doy cuenta de que mi mamá quiere estar sola y no tiene ganas de nada porque está de luto. Es el duelo. La fuerza (y la razón) de su melancolía.

¿Y yo? ¡Yo, argentino!

lunes 25|12 En la calle, no se escucha ningún ruido. Milagrosamente, ni petardos. Una tarde tranquila. Lloré con algunos capítulos de Sony.

Cierro los ojos. El chico de remera rayada juega con sus regalos de Navidad.

Un casco espacial, o un vagón más para su tren eléctrico, o una caja de Lego.

Abro los ojos. Hoy es el día de la pereza universal. Nadie hace absolutamente nada el 25 de diciembre. Es la fiesta de la pereza, sólo nublada por las obligaciones familiares de quienes no alcanzaron a cumplir con todos durante la noche anterior. Ha llegado el momento de explicarme. No puedo llamar hoy, lunes de Navidad, al director de Latido. Pero ha llegado, por lo menos, el momento de explicarme a mí mismo por qué, como Bartleby, *preferiría no hacerlo*. Leo en Roudinesco: "A fines del siglo XVIII, y sobre todo en vísperas de la Revolución Francesa, la melancolía apareció como el síntoma principal del hastío destilado por la vieja sociedad. Parecía afectar tanto a los jóvenes bur-



gueses sin privilegios de nacimiento como a los desplazados que habían perdido todo punto de referencia. También hacía estragos entre los aristócratas desocupados, privados del derecho de hacer fortuna".

Abro los ojos: en vísperas de la revolución, el hastío por la vieja sociedad. Hacer, ¿para qué?

Cierro los ojos: algo del orden de la ausencia, algo del orden de la falta.

Abro los ojos: hoy, Navidad, es siempre vísperas de la revolución (caramba, si el cristianismo *no* fue una revolución...), y por eso *todo el mundo* festeja *este día* esa inminencia. Lástima que, como el carnaval, la fiesta de Navidad sólo funcione como válvula de escape, como dispositivo de control social: la distribución democrática de un mínimo de pereza es necesaria para el sostenimiento del orden conocido. "Sí, soy un vago de mierda. Y qué." Mi actitud es prerrevolucionaria, pienso.

¡Es lo mismo que decía San Juan Clímaco en *La escala espiritual*, el primer libro impreso en América!:

El varon sujeto y obediente está lexos de la pereza, y con el exercicio de las cosas sensibles aprovecha en las intelligibles. La vida monástica resiste à la pereza: la qual por otra parte es tan perpetua compañera del Monge solitario, que hasta la muerte no le dexará, y todos los dias que viviere le combatirá. Pasando la accidia par de la celda del solitario se sonrió y llegando se à las puertas della determinó hacer aí su morada. Por la mañana en amaneciendo visita el Medico los enfermos; mas la pereza visita los Monges al medio dia.

lunes 1|1, de madrugada "El alma que ama a Dios de veras no deja por pereza de hacer lo que puede para encontrar al Hijo de Dios, su Amado. Y después que ha hecho todo lo que puede, no se queda satisfecha y piensa que no ha hecho

nada" (San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, 3, 1). Sí, tiene razón Ana Becciu. ¿Por qué no puedo retener su cuerpo a mi lado, *de mi lado*?

Ayer, en el taxi, Silvia Fehrmann me preguntó "¿Qué te pidió Beatriz?". "Nada", le contesté, "un artículo de doce páginas para el próximo número de *Punto de vista*, que se llama *Mutaciones*, o algo así, y entonces se le ocurrió llamar a dos mutantes para que escriban, y yo soy uno de ellos". El taxista se rió de mi respuesta. Y su risa se me contagió. "La que me espera", pienso. *Preferiría no hacerlo*.

Cierro los ojos: no veo nada. *Rien*.

Abro los ojos: agrego a mi lista de cosas por hacer el artículo "mutante" para *Punto de vista*. Y, también, el propósito de que, cuando aparezca, después de que nos besemos, le voy a decir que sólo lo menor es grande y revolucionario y que esta melancolía (esta acedía, *néant*) que los dos sentimos, esta pereza a la que nos entregamos tal vez no sea exactamente prerrevolucionaria, pero es *políticamente* pertinente como resistencia a la industria del ocio. Hoy empieza el futuro. En el primer lugar de la lista escribo con grandes letras de imprenta: "Fundar la Brigada *Preferiría no Hacerlo*". En la sede (clandestina) de la Brigada (la casa o el cuarto de cada uno: ¿cómo y para qué reunirse?), carteles que digan: "Hacer, ¿para qué?" o "La pereza es un instinto de precaución contra el sufrimiento que nace del ejercicio de las facultades".

Cierro los ojos: no veo nada.

Abro los ojos: veo su espalda, su sonrisa dormida, la curva de sus hombros. Anoche nos emborrachamos y nos masturbamos juntos.

Cierro los ojos: hoy empieza un nuevo mundo. Sigo durmiendo ■

EN LA CALLE, NO SE ESCUCHA

NINGÚN RUIDO.

UNA TARDE

TRANQUILA. LLORÉ CON ALGUNOS

CAPÍTULOS DE SONY



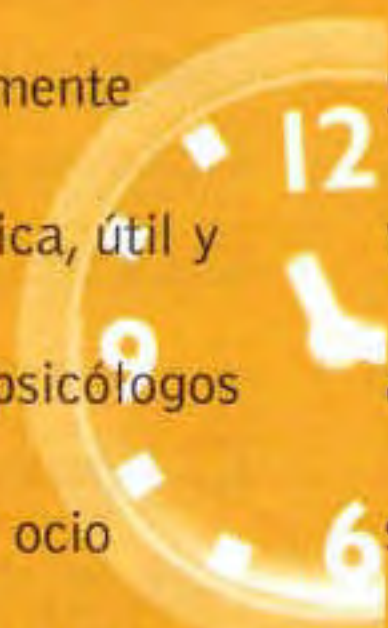
POR **Luis Gruss** Periodista

DIGRESIONES

Perder el tiempo

Es una burbuja de silencio en el desierto de los ruidos; el ocio es un regalo que todos nos debemos. En épocas pasadas era considerado una pérdida de tiempo, un vacío que obligatoriamente debíamos llenar con una actividad práctica, útil y necesaria. Pero ahora muchos filósofos, psicólogos y ensayistas consideran con razón que el ocio es, en realidad, una forma peculiar de la felicidad. Su carácter liberador permite contrarrestar los diversos problemas que genera la rutina. Las experiencias placenteras y no planificadas compensan precisamente el lado oscuro y tedioso de la existencia. Las vivencias que se orientan al placer,

y no a la mera utilidad, tienen la virtud de ayudarnos a recuperar la armonía perdida. Ya sea con actividades físicas, lúdicas o incluso artísticas y creativas podemos salir del encierro al que a veces nos conduce la vida diaria. Lejos de ser una actitud individualista, por lo tanto, el ocio debería ser visto como una invitación a compartir una experiencia plenamente satisfactoria, deseada y, por eso mismo, libremente elegida. Sólo se trata de saber encontrar a tiempo esa burbuja de placer y plenitud. ¿Perder el tiempo? Sí, por qué no...



La fiaca

Un clásico del cine argentino de los años sesenta, que se basó en la obra de teatro de Ricardo Talesnik. Dirigida por Fernando Ayala, esta comedia interpretada por Norman Briski y Norma Aleandro cuenta la historia



de un porteño que inexplicablemente —una mañana— decide no ir más a su trabajo, simplemente porque no tiene ganas. *La fiaca* (1968) termina convertida en una película de tono existencial y aun tragicómico. Su protagonista resiste hasta donde puede las presiones que recibe de sus amigos y de su propia y desconcertada mujer.

El vago Pessoa



Cáustico y sombrío, el portugués Fernando Pessoa (1888-1935) se las ingenió para mirar sin actuar. Perdí el tranvía, parece decir. "Estuve caminando toda la tarde bajo una garúa densa y pegajosa. Y además creo que ya tomé más de la cuenta. Recuerden que no soy nada ni quiero ser nada. Pero que, salvo ese detalle, llevo en mí todos los sueños del mundo." Príncipe y mendigo a la vez, enigma eterno, esquizoide histérico y obsesivo capaz de desdoblarse en infinitas personalidades, Pessoa alumbró poemas oblicuos y en línea recta; predicó la pasividad como actitud de vida, pero también se quejó de su suerte: "fui como hierbas y no me arrancaron". Y en el *Libro del Desasosiego* este vago genial dejó entrever lo que pensaba del mundo donde le tocó vivir y del sentido último de su existencia. Alguien lo llamó con razón indisciplinador de almas. Y se puede decir que cumplió con esa función, a tal punto que la lectura de sus textos debería ser prohibida a la juventud exitosa.

Oblomov

Este film del genial Nikita Mijalkov se inscribe en la mejor tradición del desaparecido cine soviético. Filmado en 1978 (con Oleg Tabakov en el rol de Oblomov y la perturbadora Elana



Solovei), es algo así como la versión rusa de *La fiaca*. Oblomov duerme y no se quiere levantar por nada del mundo. No se sabe si está deprimido, si quiere huir del mundo, si no se anima a enfrentar las cosas. Pero duerme, o simplemente mira pasar la vida. Apenas un hecho fortuito cambiará el curso más bien opaco de sus días.

Estamos invitados...

...a tomar el té. Para disfrutar este brebaje no hace falta esperar que se hagan las cinco de la tarde. El origen mismo del té se confunde con la leyenda. Dicen que el mismísimo Buda, para evitar dormirse durante sus largas meditaciones, cortó los párpados de sus ojos: allí donde cayeron nació la planta del té.

Por algo se dice que esta bebida —que en realidad debería ingerirse mediante una compleja y paciente ceremonia— sirve entre otras cosas para conocer los estados de zen y nirvana. Hasta se ha dicho que los bebedores de té pueden alcanzar la inmortalidad mediante ese único recurso; así lo demuestra la historia del poeta taoísta Lu-yu quien, después de escribir en el siglo ocho

el primer tratado técnico y filosófico sobre el té, se convirtió en Chazu, genio benéfico, ocioso y protector, venerado por todos los mercaderes, desde Hong Kong hasta Singapur.



Sólo escuchar

FERNANDO GONZÁLEZ

El año pasado vimos "Alta Fidelidad", esa gran película de Stephen Frears. John Cusack compone a un melómano que todo el tiempo arma rankings: las cinco mejores canciones para enamorarse, las cinco mejores cuando te dejan, hasta las cinco mejores que hablan sobre la muerte. Ahora estamos en medio del calor y aquí va mi lista de los cinco mejores temas para no hacer nada.

UNO João Gilberto solo en el mundo con su guitarra haciendo un bolero de Lecuona, "Eclipse", en su castellano casi perfecto, atonal. "Pensaba que ya no me amabas/ con honda desesperación/ y en algo que siempre eclipsaba/ la luz de tu amor".

DOS Música casi zen. Concentración y recogido bienestar. Están Ketil Bjornstad en piano y David Darling en cello con una partitura de doce fragmentos titulados "The River".

TRES Una vuelta de tuerca al remanido standard "As time goes by". Bryan Ferry canta como si estuviera en un sórdido cabaret alemán y se balancea mientras los nazis rodean la manzana. "You must remember this/ a kiss is still a kiss/ a sigh is just a sigh/ the fundamental things apply/ as time goes by."

CUATRO Moderno Francisco Bochatón en plan medio travesti. "Píntame los labios/ hazme sonreír/ bésame en la boca/ pasa un año junto a mí."

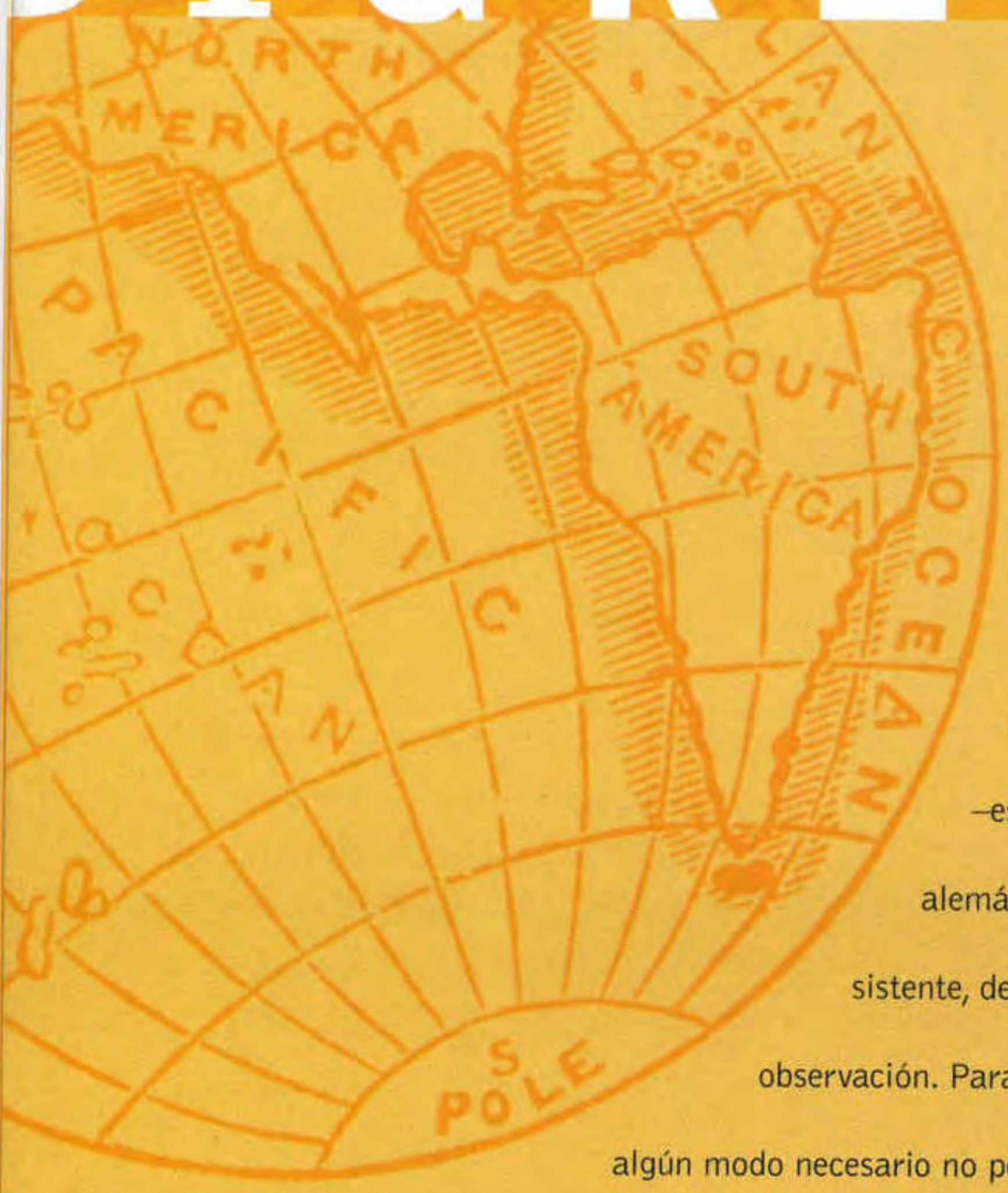
CINCO Final pianísimo en la introducción de "Adiós Nonino" de Astor Piazzolla interpretada por Dante Amicarelli; lo más hermoso para descansar, mover los dedos y llorar.

Que descansen.

Ajedrez eterno

Una de las más ingeniosas —y prestigiadas— formas de perder el tiempo es enfrascarse en una interminable partida de ajedrez. Al juego ciencia se lo ha comparado con muchas cosas. Bobby Fischer directamente dijo que es la vida; otros lo asociaron con los movimientos planetarios, la guerra o el amor. Hasta hubo quien dijo que los movimientos de las piezas son idénticos a los de las partículas estudiadas en física. En el Medioevo un monje criticó al ajedrez por promover la apatía y el desinterés por las demás cosas de la existencia. El árabe Haba dijo: "El ajedrez es maldito, maldito es quien lo juega". Pero los ajedrecistas —profesionales o aficionados— insisten en bajar la persiana y concentrarse en un tablero utópico donde todo lo bueno y lo malo conspira para que el tiempo pase, como se dice, sin que nadie lo perciba.





Peso del mundo

Como a tantos otros compañeros de ruta, al escritor Peter Handke (Austria, 1942) el mundo le pesa y mucho. Dejó constancia de esa opresión —a veces deliciosa— en una especie de diario íntimo que tituló **El peso del mundo**. Allí, el autor de *Las alas del deseo* —escribió este inspirado guión junto al cineasta alemán Wim Wenders— da cuenta de su desgana insistente, de su ser sosegado, de su extraordinario poder de observación. Para contemplar —parece decir él mismo— es de algún modo necesario no pertenecer. Y renunciar, de paso, a la “obligación de ser un hombre práctico”. Por la tarde tiene la sensación de no haber hecho nada en todo el día, si es que no ha reflexionado —al menos por un rato— sobre algo o sobre alguien.

PASTOS El jardín simboliza la vida sin obligaciones. El historiador francés Jacques Benoist-Méchin ha comprobado que al entrar a un espacio verde la gente camina más lento, su respiración se tranquiliza. Además, el hecho de trabajar la tierra pierde su categoría laboral y se confunde con el placer.

Leer en el baño

Como su nombre lo indica, el Bathroom Reader's Institute es una agrupación estadounidense dedicada a alternar las necesidades fisiológicas con lecturas amenas. La entidad publica una revista que contempla las características de sus usuarios. A saber: grageas de sólo dos o tres líneas para los apurados; artículos de regular extensión para quienes se toman su tiempo y, por último, largas notas de fondo para los más relajados.

Viva la siesta

Los laboratorios de la NASA están investigando cómo mejorar el rendimiento de los profesionales obligados a despertarse varias veces por la noche (astronautas, médicos, bomberos, etc.); la experiencia de las regatas oceánicas fue el origen de estos estudios. Se observó que los participantes tienen más energía y eficacia si duermen breves y múltiples siestas. Se requieren no más de quince minutos por turno. Y las estadísticas les dan la razón: en el noventa por ciento de los casos las pruebas fueron ganadas por aquellos que dosificaron mejor su descanso. Todo esto parece echar por tierra el mito de que lo mejor es dormir ocho horas corridas. El otro mito, el de la siesta reparadora, en cambio, confirma su vigencia una vez más.

¿Amar es un trabajo?

Dado que para la tradición occidental la dignidad sólo se gana en el trabajo, el mismísimo ejercicio del amor entraría en esa categoría. No todos piensan así, claro. Como prueba pueden leerse los *Cuentos de Ise*, escritos en Japón durante el décimo siglo de nuestra era. El libro, de autor anónimo, está compuesto de unos doscientos poemas breves. El héroe de la obra es el príncipe Ariwara no Narihira, acaso el verdadero autor de estos relatos eróticos. Un historiador de la literatura japonesa lo ha comparado con Don Juan. Pero la comparación es errónea. Don Juan es un católico libertino que seduce a muchas mujeres y que transgrede una ley que él sabe divina. Narihira, en cambio, es un hedonista en un mundo inocente y pagano —alejado aun del Tao, del bien y del mal— poco afecto a trabajar en el amor y muy dado, en cambio, a disfrutarlo.

Todos los años, el mundo viene a la Argentina para bailar tango.

Auspician



21
Embratel



Ahora vendrá para hablar con usted sobre el futuro de las revistas.

Todos los años, miles de personas de los más diversos lugares del mundo vienen a bailar tango. En el 2001, nuestro país será sede de otra gran atracción de relevancia mundial: el 33º Congreso Mundial de Revistas FIPP - Federación

Internacional de Prensa Periódica. Por primera vez en América Latina, los editores de revistas más importantes del mundo debatirán con usted sobre las grandes tendencias y los desafíos de este influyente medio de comunicación.

El Congreso Mundial de Revistas FIPP comenzará en Río de Janeiro y culminará en Buenos Aires. Será su mejor oportunidad para conocer el futuro de las revistas. Ese futuro nunca estuvo tan cerca suyo.

Entre los temas a debatir estarán:

CÓMO TENER ÉXITO EDITANDO REVISTAS.

- Los editores contarán cómo lograron sus mayores éxitos
- Cuáles son las novedades en publicaciones electrónicas
- Responsabilidad social

23 al 27 de abril de 2001
Río de Janeiro y Buenos Aires

Informaciones e Inscripciones:
www.fipp2001.org.br
54-11-4345-0062



Organizan



ANER

Transportador Oficial



LA HISTORIA QUEREMOS

El aviso tiene colores brillantes. Muestra a una familia tipo encaramada a los bordes de una pileta y promete: "Disfrute de sus ratos de ocio con los suyos". Por el texto, podría tratarse de una publicidad de una agencia de turismo, o de un constructor de piletas de natación, o de una discoteca, o hasta de la recomendación de una casa parroquial. Desde todos esos terrenos y desde distintas épocas se ha intentado definir y calificar al ocio que hoy, en este aviso, aparece impuesto por un "disfrute" imperativo. Tal vez sea un buen momento para preguntarnos a qué nos referimos.

EL OCIO COMO TIEMPO LIBRE

Que tal persona "no se encuentra disponible" suele ser una noticia que recibe con cierta frecuencia cualquier usuario de celular en esta época tecnolozada. Tal vez algunos de esos usuarios piensen el significado de la frase en términos de mercado amoroso y/o sexual. Más improbable será que haya otros que piensen que lo de "disponible", además, reafirma una concepción del tiempo que esta era

del celular heredó de la industrial.

A partir de la revolución que se inició en Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XVIII, el trabajador ingresó en una estructura social y laboral que cambió su relación con la producción y con el dinero, y empezó a generar la idea de que uno es libre de disponer del tiempo propio.

Antes de eso, no existía una separación tajante entre tiempo disponible y no disponible: entre los griegos, por ejemplo, el ocio era un estado continuo del que disfrutaban las clases privilegiadas. Y más tarde, en la estructura medieval, era el trabajo el que era un estado continuo en el que el campesino vivía inmerso durante seis días por semana que eran seguidos por un séptimo en el que no se le ocurría hacer otra cosa que descansar. No había nada que pensar ni que decidir ni que elegir. En ese "tiempo flotante preindustrial" no se concebía esa separación entre tiempo propio y tiempo de los otros, sino que se consideraba que había una actividad diaria continua en la que se intercalaban pausas de descanso regulares. Con el avance de los siglos el tiempo libre de los



POR **María Sonia Cristoff** Periodista y escritora. Publicó el libro "Acento extranjero"

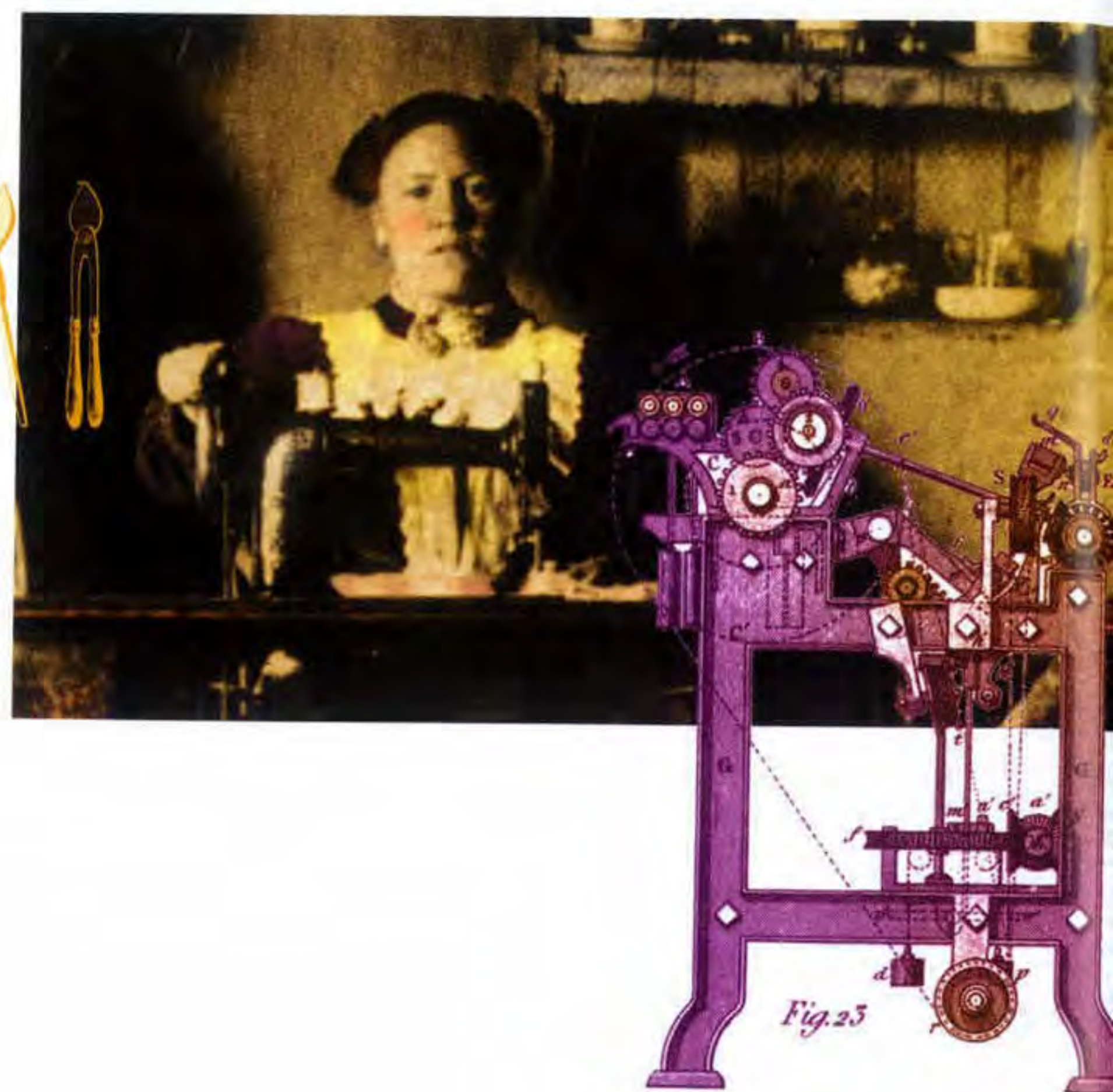
DEL OCIO DESCANSAR

trabajadores postindustriales se empezó a considerar un valor, algo que contribuía a su desarrollo como seres humanos y al de la actividad en la que estaban inmersos. De hecho, durante el siglo XX algunos pensadores prefirieron dejar atrás el concepto de ocio asociado a la inactividad de las clases que no tenían que trabajar para asegurarse la subsistencia, para cambiarlo por el concepto de tiempo libre, considerado como aquel en el cual toda persona obligada a trabajar para sobrevivir se dedica a actividades puramente recreativas.

Se hizo mucho por defender ese tiempo libre. Las jornadas de trabajo que a mediados del siglo XIX eran de 15 o 17 horas diarias y de 75 u 80 semanales en las fábricas europeas se redujeron a jornadas de 8 horas diarias y 48 semanales después de la primera convención que la Organización Internacional del Trabajo llevó a cabo en Washington, en 1919. Esa misma postura de apología del tiempo libre quedó plasmada en el artículo 24 de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre que las Naciones Unidas proclamaron después de la Segunda Guerra. Incluso se llegó a fantasear

con la idea de una "revolución del ocio": un avance tecnológico que permitiera que cada vez fueran más las horas disponibles, es decir dedicadas a actividades desligadas de la subsistencia material.

El filósofo inglés Bertrand Russell ya había asegurado que la sociedad postindustrial podía permitirse esa organización del trabajo en un artículo escrito después de la Primera Guerra (a la que, digo de paso, se opuso tanto que lo destituyeron de su cargo en Cambridge y lo mandaron preso). Mientras sus compatriotas discutían las leyes laborales y por ende la relación entre ocio y trabajo, él defendía la jornada laboral de cuatro horas. El ser humano puede, decía, subsistir con lo que gana en cuatro horas y dedicar el resto de su tiempo a un ocio activo, a actividades —no necesariamente intelectuales o artísticas— que lo conecten consigo mismo y con la sociedad en la que está inmerso. Sin embargo no, esa organización laboral absolutamente posible se descarta en pos de la Moral del Trabajo que, decía Russell, es la Moral de la Esclavitud.



EL OCIO COMO AMENAZA

También Russell cuenta que a fines del siglo XIX, cuando él era chico y en Inglaterra se empezaba a discutir el tema de las vacaciones como un derecho que el Estado debía proporcionar a los trabajadores, una duquesa amiga de su familia dijo una de esas frases que la intuición infantil no termina de entender pero almacena igual: "¿Para qué quieren los pobres las vacaciones? ¿Qué harían si no trabajarán?" El sobreentendido de la señora es el mismo que manejaban los reformistas sociales contemporáneos a Russell y el mismo que maneja hoy el inconsciente colectivo: las horas sin trabajo pueden ser germen de todo tipo de perversión, sobre todo si esas horas son dispuestas por las clases menos favorecidas.

En los años veinte del siglo homónimo los científicos sociales y los psicólogos estadounidenses no dejaban de publicar artículos y libros acerca del "Nuevo Ocio" y de la forma de administrarlo para que no se volviera peligroso. En esos años previos a la Depresión, muchas empresas habían empezado a seguir el modelo británico, que desde hacía varias décadas aceptaba que el sábado sólo se trabajara hasta el mediodía, y ahora había que ver qué hacer con todo ese tiempo libre agregado. Fue paradójicamente la Gran Depresión de 1929 la que contribuyó a lograr esa conquista laboral de reducción de horas de trabajo: para que el desempleo fuera menor se daba menos horas a una mayor cantidad de empleados.

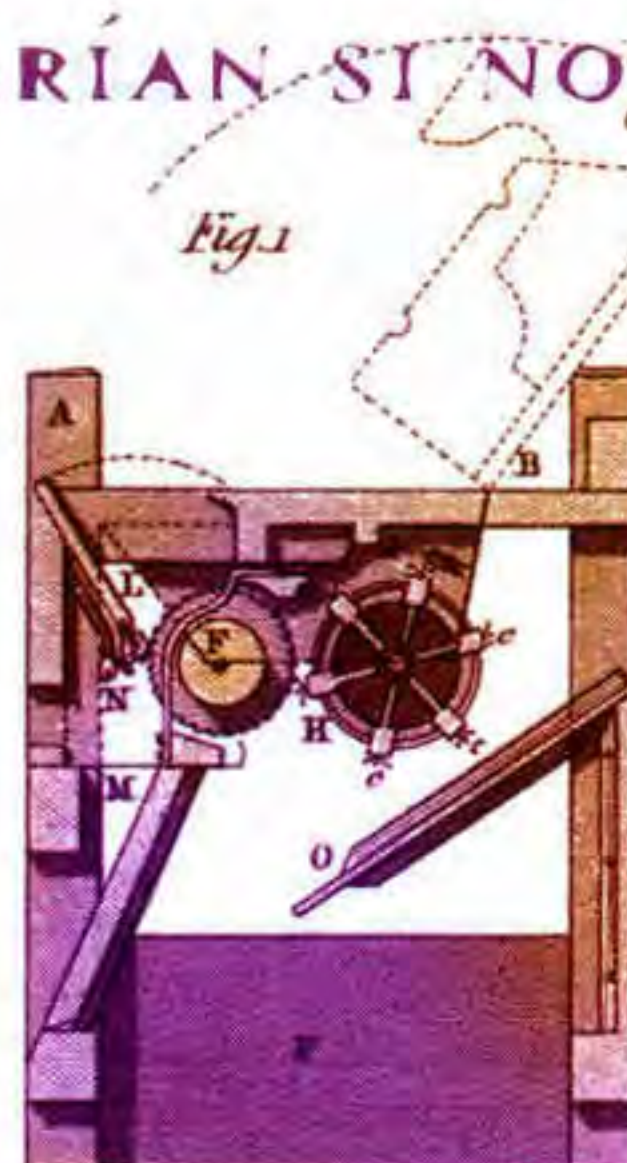
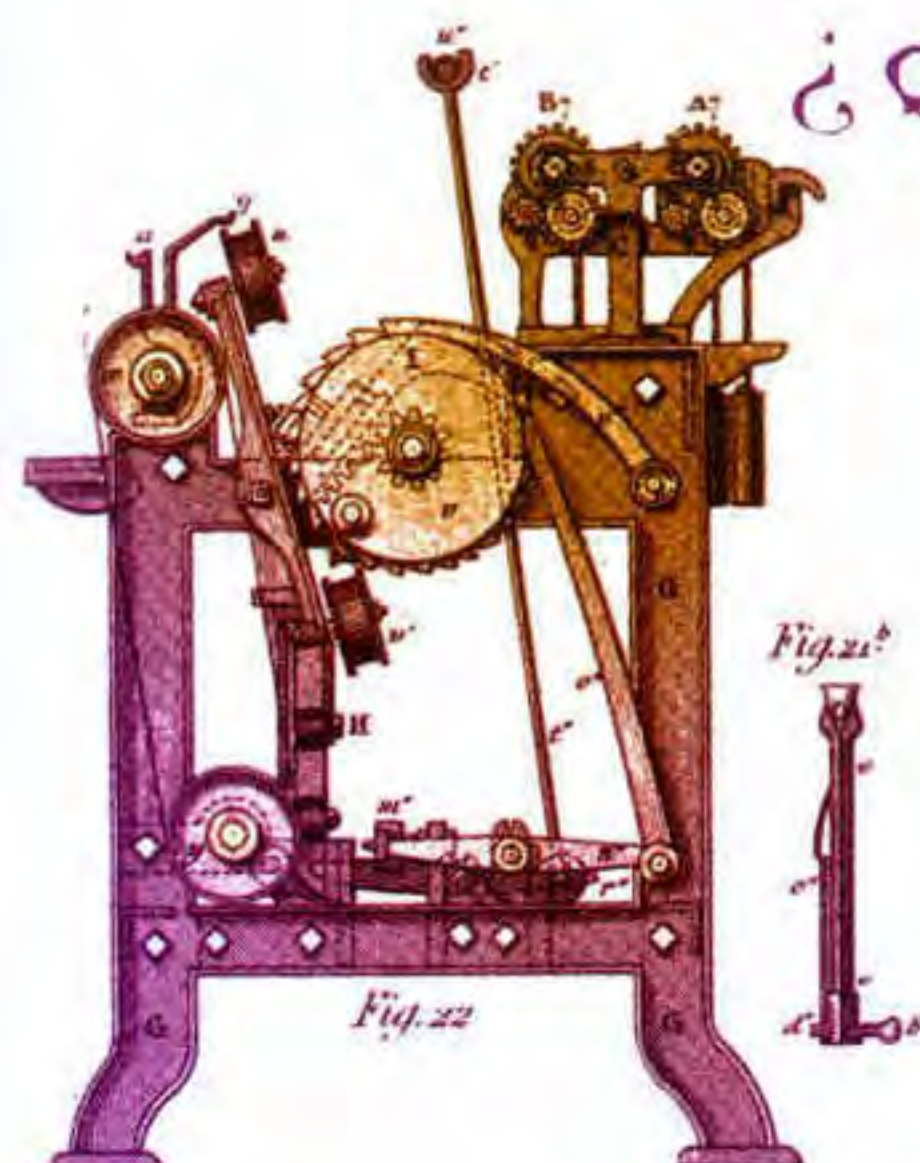
Otra paradoja fue el hecho de que Henry Ford, que nunca tuvo lo que se puede llamar actitudes de alta sensibilidad social, fuera el primero en instituir el fin de semana de dos días en su fábrica. Un cómic de la época mostraba a un obrero sentado ante una pila de planchas de piedra en las que estaban escritos los Diez Mandamientos. El obrero había partido en dos el cuarto y, frente a la mirada horrorizada de Moisés, esculpía en otra plancha: "Trabajarás durante cinco días, pero el sexto y el séptimo son tuyos y puedes hacer en ellos todo lo que desees". Darling, el creador del cómic, había dibujado el capó de un modelo Ford T en un rincón del dibujo. Ford, por supuesto, no había llegado a esa determinación movido por el altruismo sino por un razonamiento que se convirtió en previsión acertada: pensó que a mayor tiempo libre más actividades recreativas, y por ende más uso del automóvil. Las décadas siguientes le darían la razón, ya que los viajes y las salidas de fin de semana empezaron a extenderse como un rito habitual durante el tiempo libre.

Esas medidas pudieron haber mejorado las cuentas de Ford, pero aun así no solucionaban el problema que tenían los reformadores sociales, preocupados por el destino que esos mismos trabajadores darían a todo otro día de tiempo libre. La sociedad americana, ya entonces decidida a educar a los suyos en el culto al trabajo y en el embotamiento personal, temía que ese ocio condujera a la bebida. Para mejorar ese mal, entonces, decidieron incentivar las



"¿PARA QUÉ QUIEREN LOS POBRES LAS VACACIONES?"

"¿QUÉ HARÍAN SI NO TRABAJARAN?"



posibilidades de consumo. Que en el tiempo libre gastaran el dinero, si no ¿para qué trabajaban tanto durante la semana? O que se emboten aun más, segunda solución para la que tuvieron que esperar al fin de la Segunda Guerra, cuando se produjo el boom de la televisión. Gracias a ella los americanos —según una encuesta de los años noventa— tienen la mayor cantidad de televisores por cápita del mundo y pasan tres horas de su tiempo libre diario mirando televisión. Un problema menos.

EL OCIO COMO SABIDURÍA

En las antípodas del ocio como embotamiento está el ideal de ocio de los griegos. Estos consideraban al ocio como un camino hacia la sabiduría por medio de la contemplación. Aristóteles, incluso, lo consideraba un medio para acceder a la felicidad, el fin último de la vida. El ocio no debía, según esta concepción, aportar ningún beneficio que estuviera más allá del logro espiritual, con lo cual la misma se opone también a los razonamientos de los pensadores sociales que vieron en el ocio una forma de mejorar la productividad.

Justamente cuando los reformistas sociales ingleses discutían este tema, el ensayista inglés G.K. Chesterton salió en defensa de un ocio que en algo se acerca a aquel de los griegos. Él, que no paraba de producir novelas, artículos periodísticos y críticas literarias, admiraba sin embargo la capacidad de no hacer nada, defendía al ocio entendido como espa-

cio para dejar transcurrir el tiempo. Es porque se ha descuidado ese ocio, "porque... no se le rinde el culto necesario a la gran tarea de No Hacer Nada que el mundo ha perdido su filosofía e incluso ha fracasado en todo intento de crear una nueva religión".

Los latinos, también en este tema, tomaron una actitud similar a la de los griegos. En el primer siglo de esta era Séneca —el filósofo y orador que escribió también acerca de la ira— escribió un tratado filosófico en el cual el ocio aparece tratado como una actitud fundamental para acceder a la sabiduría. Y no sólo eso, Séneca tenía una concepción del ocio que seguramente aprobarían muchos psicoanalistas contemporáneos: era, decía, la oportunidad de ejercitar el recuerdo y por ende el reconocimiento de uno mismo. A nadie compadecía más, decía, que a esos hombres atareados que vivían negándolo todo en la juventud por no tener tiempo de recordarlo y en la vejez por no deprimirse al ver lo que habían dejado de hacer en sus vidas.

Robert L. Stevenson, el escritor inglés que pasó los últimos años de su vida en el archipiélago polinesio de Samoa, escribió una apología del ocio en la que también se refiere al modo en que la vejez se cobra su precio frente a aquellos que no fueron capaces de disfrutarlo a lo largo de la vida. Llama a estos "los muertos vivientes" y dice que se los puede reconocer por la mirada vacía y triste con la que esperan un tren en la estación. Se ve entonces, en ese modo vacuo de mirar, que no han sido capaces

FORD PENSÓ QUE A MAYOR

TIEMPO LIBRE MÁS ACTIVIDADES RECREATIVAS

Y, POR ENDE,

MÁS USO DEL AUTOMÓVIL



de abrirse a nada que estuviera más allá de sus ocupaciones convencionales, que cuando iban a la universidad no eran capaces de ver más allá de sus medallas, que cuando iban de viaje no eran capaces de ver más allá de sus negocios. "Cuando aún llevaba pantalones cortos —dice Stevenson frente a un modelo hipotético— debería haberse trepado a los pescantes de los coches; cuando tenía veinte años debería haberse fijado en las chicas; pero ahora la pipa está muy consumida, la caja de rapé vacía, y nuestro caballero se sienta muy tieso en un banco, esperando el tren con la mirada triste. No me parece a mí que esto sea el Éxito en la Vida", concluye antes de asegurar que si alguien no puede ser feliz sin ocio debe hacer todo para gestionárselo. Y agrega que para él se trata de un precepto revolucionario.

EL OCIO COMO PLACER

Florence Dixie, una lady inglesa que a fines del siglo XIX parte hacia la Patagonia con la intención de olvidarse del agobio que le producía la existencia londinense, representa sin grietas la concepción de ocio como placer. En principio, su pertenencia a la nobleza garantiza un ocio no productivo, puramente hedonista. Y luego su ocio está asociado con el viaje, actividad que recién entonces empieza a desprenderse de funciones comerciales y/o gubernamentales para asociarse con el placer. Se va con un grupo de gente querida, lo que la libera de en-

cuentros con desconocidos que puedan amenazar su deleite o sus conversaciones con iguales. Su periplo patagónico, que comienza en Punta Arenas y asciende hacia los Andes, le despeja el cerebro de obligaciones mundanas, de conflictos sociales que amenazan los privilegios de su clase y, sobre todo, le permite recuperar el gusto perdido. El ocio y el gusto se unen literalmente: gran parte de esa recuperación se debe a los manjares —chorlitos alimentados con arándanos, patos salvajes, corderos y avestruces— que la naturaleza nueva le permite improvisar.

De hecho, gusto y ocio han ido juntos en varios momentos de la historia. En los yantares medievales el banquete de las clases ociosas —al contrario de los picnics de pan y queso de los campesinos— constaba de avutardas, ciervos, ocas, pollos, pavos, liebres, patos, perdices, faisanes —que incluso servían para revivir princesas melancólicas—, jabalíes y osos. Los invitados, que solían sentarse sobre almohadones de seda, matizaban todas estas carnes con una serie variada de condimentos: laurel, anís, menta y azafrán entre los más comunes. Esas mismas carnes, además, reforzaban el prestigio de los anfitriones porque eran producto de una práctica de las clases ociosas, la caza mayor. En el siglo XIX inglés, cuando se dio un proceso de democratización de las prácticas ociosas, la caza mayor siguió siendo un deporte exclusivo de la clase alta. Incluso, uno de los símbolos del poder inglés que la corona exportaba entre sus colonias: los maharajás de la India, por



ejemplo, cuidaban la caza de tigres como uno de los estandartes del proceso de anglicanización al que se sometieron durante el dominio británico. En la Inglaterra previa, la de principios del siglo XVIII, el proceso de enriquecimiento que se empezó a expandir por una capa amplia de la población se vio acompañado por una creciente popularización del café, del té y del tabaco (sí, en ese orden que desafía todo mito inglés, el café primero). Los señores tenían más tiempo —en aquella época la riqueza podía ser sinónimo de tiempo libre— y se juntaban para fumar su tabaco y beber en compañía. La lectura pasó a ser, entonces, un placer al que la gente dedicaba su tiempo libre. La mayor alfabetización, el papel más barato y las imprentas más rápidas fueron las razones principales que influyeron para que la lectura se extendiera como práctica y diera así lugar al ocio privado, una marca de la modernidad.

EL OCIO COMO CONSUMO

Justamente entonces, en ese siglo XVIII en el que Inglaterra empieza a enriquecerse gracias a su supremacía en el comercio de ultramar, es cuando se puede hablar del principio de la comercialización del ocio. Los trabajadores ya no se encuentran solamente en las calles, por las fiestas populares, sino que se reúnen en teatros, circos y carreras de caballos. El motivo de reunión, que desde la Edad Media estuvo fijado por las autoridades eclesiásti-

cas, ya no es la fiesta religiosa sino la diversión humana. Y esta, en todos los casos, está mediatizada por algún tipo de comerciante que lleva adelante ese circo, ese teatro, esa taberna. Cada una de estas reuniones es, además, una ocasión para beber y dar curso a uno de los productos de consumo más asociados con el ocio: el alcohol. En ese momento, cuando el trabajador ve que el dinero fluye a su alrededor y que puede convertirlo en bienes que justifican ganarlo, parecería estar el germen de nuestra condena contemporánea: casi todos optan por ganar más para gastar más en vez de ganar menos para tener más tiempo libre.

EL OCIO COMO PEREZA

Si la Biblia no había alcanzado para convencernos de que la pereza es algo condenable, tuvimos las fábulas de infancia para recordarnos que la hormiguita de la que tanto nos reímos en el verano fue la única que la pasó bien durante el invierno. La pereza puede ser, para los religiosos y para los planificadores sociales, aun más nociva que el alcohol. Incluso más difícil de determinar, porque tiene su coartada: nunca es del todo evidente. Cuando el pensador francés Roland Barthes hace su apología de la pereza dice que puede tomar una de sus formas más dolorosas, que es la diversión: en pos de ella él puede matizar sus largas sesiones de escritura parisina con pausas para hacerse una taza de café, para hojear una revista, para regar una planta. Di-

LA MAYOR ALFABETIZACIÓN,
 EL PAPEL MÁS BARATO Y LAS IMPRENTAS MÁS RÁPIDAS
 FUERON LAS RAZONES PRINCIPALES QUE INFLUYERON

fácilmente se lo pueda acusar de estar haciendo fiaca entonces, entregado a la pereza: de hecho, está haciéndose un café para aumentar su atención, hojeando una revista para buscar un dato o regando una planta para que la pobre no se muera. Es decir, la pereza no tiene una actuación determinada, no se encuentra en los actos sino en la disposición mental. Porque incluso si alguien está sentado en una silla, mirando el vacío, puede argumentar que está pensando o —ya corriendo un alto peligro de inverosimilitud si lo pensamos en el mundo actual— que está entregado a la contemplación. La pereza se ha asociado con el ocio pero en realidad no tiene nada que ver con él: este último debería ser sinónimo de nada para hacer, mientras que la anterior supone una tarea demorada, postergada. De hecho, Barthes apoya esa división cuando se pregunta, retóricamente, por qué será que siempre se habla del derecho al tiempo libre y nunca del derecho a la pereza.

EL OCIO COMO INSTINTO

Desde que Aristóteles habló en su *Historia de los animales* de las sensaciones o estados que hombres y animales compartían —la sagacidad, la tristeza, la alegría, el temor o la cobardía—, la tentación de igualar comportamientos de ambas especies es una constante en la cultura occidental. A pesar de que desde principios del siglo XX la ciencia insiste en que nada oscurece más el saber acerca del compor-

tamiento animal que establecer comparaciones entre este y el humano sobre las mismas bases, hay algo impregnado en la cultura popular que nos lleva a igualarnos con los animales. Tal vez sea un modo de pedir permiso para justificar nuestros instintos, una coartada para poder presentar al mundo nuestro lado animal.

Clemente Onelli, que fue director del Zoológico de la ciudad de Buenos Aires durante las dos primeras décadas del siglo XX, se tomó esa misma libertad para igualar humanos y animales cuando ya casi era un poco tarde para que la ciencia se lo perdonara. Pero él, que vivía rodeado de animales en su casa dentro del Zoo, tenía mucho para decir al respecto. En una serie de columnas que escribía regularmente, por ejemplo, clasificó las especies de su zoológico según los pecados capitales. La ira, dice, le parece inherente a todo animal, aunque en pocos tan paradigmáticamente expresada como en el tigre de Bengala. La envidia le parece la "pasión psíquica" que con más intensidad sienten los animales. La lujuria —que a veces analiza en combinación con la ira, como ocurre en el caso de los osos machos que llegan a matar de un zarpazo a la osa hembra cuando esta se excede en sus remilgos para la entrega— observada entre los monos de su zoológico le parece, sobre todo, producto del ocio al que esos animales se ven sometidos en el encierro. Nadia Boscarol, bióloga que trabaja hoy en ese mismo Zoológico, también se refiere a los efectos nocivos del ocio en algunas especies. El jaguar, por



PARA QUE LA LECTURA SE EXTENDIERA
COMO PRÁCTICA Y DIERA ASÍ LUGAR
AL OCIO PRIVADO, UNA MARCA DE LA MODERNIDAD

ejemplo, que nació para cubrir unas 5.000 hectáreas de territorio en las que tiene que supervisar, acechar, cazar y buscar pareja, se ve embotado por la actividad ociosa de la jaula. Los biólogos del Zoo, para revertir esta situación, han ideado ahora un sistema de obstáculos que saque a esas especies de su letargo: se les coloca los alimentos a una altura que implique esfuerzo de obtención, se les propone toda una serie de juegos. Otras especies, en cambio, parecen creadas para el ocio. El león, por ejemplo, que duerme 20 horas por día. O los osos, que pasan casi todos los meses invernales durmiendo. O los reptiles, que se mueven sólo para alimentarse, copular y pelear por su territorio. O las ranas, que no se mueven ni siquiera para cazar alimento porque su estrategia no es la de la persecución sino la de la espera del momento justo para capturar al insecto incauto. Nadia Boscarol aclara repetidamente que aun así no podemos hablar de hábitos ociosos porque, como se ve, en esa quietud el animal está siempre haciendo algo: recuperando energías, digiriendo o esperando a sus presas, y sobre todo porque no quiere aplicar términos del comportamiento humano al animal.

Es decir que, si por un obcecado intento de personalización, por guardarnos el privilegio de sortear un día de furia urbano yendo a ver la jaula de los lagartos al sol para sentir que alguien nos comprende, que alguien realiza nuestros sueños, que hay un instinto animal que justifica nuestro ocio, tendremos que recurrir a los escritores previos al

siglo XIX. A Claudio Eliano, por ejemplo —el maestro de retórica que escribió en griego la *Historia de los animales*—, cuando describe los hábitos de los zánganos: “El zángano se esconde de día en el panal, pero por la noche, cuando las abejas reposan, invade el terreno en el que ellas trabajan y se comporta como un vándalo en la colmena. La mayoría de las abejas duermen, por el mucho cansancio que experimentan, pero algunas montan guardia, de modo que cuando observan lo que ocurre, apresan al bandido, le dan una paliza más o menos leve y lo echan fuera de la colmena. Pero los zánganos no se corrigen ni siquiera de esta forma, ya que son glotones y ociosos por naturaleza”. Todo indica que a veces, para aceptarnos ciertos comportamientos, es más sabio recurrir a la fábula que a la ciencia.

EL OCIO COMO CREACIÓN

Cualquiera que haya prestado atención al dialecto de hombre ocupado porteño se habrá topado con la frase “ocio creativo”, con la cual aquellos se refieren a ese período usualmente breve de tiempo en el que interrumpen su rutina opresiva para cambiarla por una actividad —un viaje, una salida, incluso la práctica de algún deporte— que los inspire para encontrar estrategias más efectivas para aplicar a su vuelta a la rutina. Esta idea del “ocio creativo” se sustenta, entonces, en el sobreentendido de que el fin último de la vida es lograr el mejor rédito dentro del terreno de esa rutina. Si mis aza-

EL MOTIVO DE REUNIÓN, QUE DESDE

LA EDAD MEDIA ESTUVO



rosos estudios de campo no me engañan, podría asegurar que el ocio creativo como frase pertenece exclusivamente al dialecto del hombre de negocios. Es decir que en su caso habría un eufemismo en el cual "creación" está reemplazando a "generación", ya que normalmente su rutina está focalizada en la idea de generar dinero más que de crearlo. Y el ocio sería, según esa línea de pensamiento y contradiciendo la aristotélica, un subsidiario del trabajo. Más allá de las implicancias de esa frase, existe un consenso común que supone que el terreno donde más se puede ver la relación del ocio con la creación es el del arte. Que el tiempo libre es el que brinda el espacio necesario para enfrentar cualquier proceso creativo. Que el artista, en definitiva, es alguien que está la mayor parte del tiempo disfrutando de su tiempo o de los placeres con los que se suele asociar al ocio. "Duerme hasta al mediodía porque es escritor, o se la pasa todo el día mirando chicas desnudas porque pinta" son algunas de las frases en las que se revela este sobreentendido. Pero, en verdad, esta asociación de ocio y creación es sólo un prejuicio: cualquier artista sabe lo trabajoso que es su arte. Y cualquier artista de principios del siglo XXI sabe también que, aunque se tome todas las libertades en el momento de plantear su obra, esta se convertirá luego en un producto dentro del mercado.

A principios del siglo XX, G.K. Chesterton analiza ese lugar común que asocia arte a ocio y encuentra un punto en el cual se unen. Al contrario del

ocio entendido como práctica de un deporte, por ejemplo, donde una persona tiene la posibilidad de hacer una cosa —una tarde para jugar al tenis, un fin de semana de pesca—, el arte brinda a la persona la posibilidad de hacer *cualquier* cosa, de crear todo un universo. Lo cual hace ingresar otro ingrediente fundamental en esta disquisición sobre el ocio: la libertad. No es que el artista sea ocioso porque no está sometido al trabajo sino porque disfruta de libertad para desarrollarse en él.

EL OCIO COMO QUIMERA

Aquella sinonimia nos acerca a la más incómoda de las preguntas: ¿existe tal cosa como "el nada para hacer"? ¿Hay alguna forma de asociar el ocio a la libertad, a la absoluta disposición sobre el propio tiempo? Tal vez lo más parecido a eso fue el ocio tal como lo comprendieron los griegos, como estado ideal para el ejercicio del *diagogos*, o el ocio de las aristocracias europeas previas a la Revolución Industrial. En la sociedad actual, al contrario de lo que vaticinaron las optimistas "revoluciones del ocio" de las primeras décadas del siglo XX, el ocio como posibilidad de no hacer nada se ve remota. La ansiedad y el pánico al autorreconocimiento que propicia la sociedad contemporánea como estados del alma avanzan justo en la dirección opuesta. La idea de improductividad también: ahora se supone que el tiempo libre, además, debe ser pro-

FIJADO POR LAS AUTORIDADES ECLESIASTICAS,



YA NO ES LA FIESTA RELIGIOSA SINO LA DIVERSION HUMANA



vechoso para algo: para mejorar el estado físico, para hacer sociales que muchas veces tienen algo de lobby, para mejorar el nivel cultural.

La industria cultural —a la que Edgar Morin llama “la segunda industrialización”— ha crecido, de hecho, durante el siglo XX y, como tal, ha adoptado todos los condicionamientos y reglas del mercado de cualquier otro tipo de bienes. Ahora, como bien a consumir, presenta una característica curiosa: es bastante habitual que cuando alguien opta por la cultura cuando tiene algo de tiempo libre sienta que está haciendo algo “que le hace bien”, que lo mejora como persona. Al contrario de otros bienes que se consumen en ratos de ocio —bebidas, manjares, vestuario—, los culturales tienen algo de medicinal: existe toda una franja de consumidores que, por ejemplo, sale de ver una exposición de fotos más satisfecho por los puntos que sumó a su nivel cultural que por el goce experimentado. Con lo cual, aunque nunca se siente a pensarlo, su tarde de ocio tuvo menos de libertad y de placer que de trabajo sobre la personalidad propia.

Lo mismo sucede con los viajes, que a partir del siglo XIX y fundamentalmente del XX, se convirtieron en una de las opciones más habituales para el tiempo de ocio. La industria turística ha avanzado tanto en sus propuestas que al final de cada viaje lo más probable es que el supuesto ocioso vuelva más alienado y agotado que nunca. No en vano suele decirse que se necesitan vacaciones para reponerse de las vacaciones.

El estudioso Witold Rybczynski, profesor del prestigioso Wharton College, llama la atención sobre lo trabajoso que se ha vuelto el ocio en los tiempos que corren. Cada vez más, dice, las actividades que se llevan a cabo durante los ratos de ocio tienen que ver con una preparación determinada —“antes la gente *jugaba* al tenis, ahora *trabaja* el revés” es tal vez la frase que mejor sintetiza esta idea— y busca en ello una explicación que, claro, iba a remitir al trabajo. Esto sucede, dice Rybczynski, porque el hombre contemporáneo se siente cada vez más alienado de su trabajo, más automatizado, sólo comprometido con él por una mera cuestión de subsistencia o por una de poder, y por ende busca en los ratos y en las actividades del ocio esa posibilidad de realización que ya el trabajo no le suministra.

O existe una versión más triste —y lamentablemente más local— de la relación entre ocio y trabajo, y es aquella que atañe a las personas desocupadas: la ausencia de uno de los dos términos niega a su opuesto y el ocio se convierte entonces en la esclavitud del que está sometido a una parálisis.

El tema es que el ocio pensado hoy como ejercicio de la libertad, como derecho absoluto a hacer absolutamente nada está permanentemente cruzado —y por ende negado— por las insatisfacciones crecientes del mundo contemporáneo, por sus exigencias, por el pánico que ese mismo mundo siente a parar un poco para ver en qué consisten sus supuestos objetos de deseo ■

CARRUSEL

abanicos

En invierno es difícil mantenerse quieto porque el frío comienza a colarse, poco a poco, por las capas de ropa protectora. Por eso, cuando el calor abrasa, el ocio invade. Claro que el calor sigue abrasando y sería bueno encontrar una forma para poder relajarse sin estar pendiente del fastidioso clima del febrero porteño.

Un abanico es lo que tenemos más a mano y es perfectamente transportable en la cartera de la dama o el bolsillo del caballero. **Abanicos: Caseros 2943, desde \$ 1; Casa Brujas, Cuenca 3252, local 21, desde \$ 8. Todo Danza, Salta 207 (Morón), desde \$ 10.**



Discos de relajación: Arenales 3337, local 2; Rock N' Freud, \$ 23.

Palitos chinos: Aráoz 2385, \$ 2,5.

Sillones masajeadores: Cabildo y Congreso, Simmons, desde \$ 1.026.

Spa Avellaneda: Av. Galicia 695 (Avellaneda), internación diaria \$ 120.

Revistas de crucigramas: desde \$ 1 hasta \$ 3,5 en quioscos de diarios.

DIRECCIONES

“EL ESPACIO DESOCUPADO ES LO QUE HACE HABITABLE UN CUARTO, TAL COMO NUESTRAS HORAS DE OCIO SON LAS QUE HACEN SOPORTABLE LA VIDA”

LIN YUTANG

pereza con ritmo

“Ocio” se llama el dúo electrónico compuesto por dos músicos que lo fueron gestando en los pocos momentos libres que les quedaban entre tanto proyecto serio, llámese Soda Stereo o el más reciente Bocanada. El resultado es un disco plagado de climas y texturas, ideal para degustar cualquier fin de semana bajo la sombra, acompañado con algún clásico

trago veraniego, tipo daiquiri de frutillas y siguiendo

el ritmo, al menos con el pie, de la dupla

Cerati-Etcheto. www.cerati.com; Parque

Rivadavia.

almohadas y colchones

Tirarse un rato a descansar y disfrutar del momento sintiendo que las preocupaciones se hunden en un mullido colchón de plumas o desaparecen debajo de la almohada es, como mínimo, tentador. El verdadero reposo no se compone sólo de la quietud física; también es bueno darle rienda suelta a su mente para que transite sus caminos preferidos o, de ser posible, que se detenga en un punto blanco. Y vacío. Y que no regrese antes del desayuno.

Al buen dormir, Tucumán 1766, colchón una plaza desde \$ 30 hasta \$ 83; dos plazas desde \$ 80 hasta \$ 249. Almohadas desde \$ 8 hasta \$ 30.



teoría de la holganza

Contraponiendo la cultura milenaria oriental a la ocupada sociedad norteamericana, Lin Yutang, un chino que vivió en los Estados Unidos, recordó la exquisitez del ocio y lo definió como un "sentido de despreocupada irresponsabilidad". Incluso dedica un capítulo entero a la importancia de la holganza para una vida más armoniosa. Todo esto sucede dentro de un libro de más de 500 páginas que, de acuerdo con su filosofía, no debería haber sido escrito en los ratos libres. **Lin Yutang; La importancia de vivir, Sudamericana, Librería Miles, Honduras 4912, \$ 25.**

rascame la espalda



Si ni siquiera tiene ganas de rascarse la espalda con sus manos para evitar estirarse demasiado ya hubo alguien que pensó en eso para que usted no necesite esforzarse. En algunos bazares se puede encontrar, perdida entre otros artículos, una manopla rascadora que, como la ya famosa percha, evitará estiramientos innecesarios. La que venden en Marta Harff está hecha para la ducha, pero nada impide que la use en otro momento. **Marta Harff, Galerías Pacífico, \$ 11 hasta \$ 20.**

mecedoras

Reclinarse con la cabeza mirando perdidamente algún cielo raso y balancearse de atrás para adelante y de adelante para atrás es la postura –casi por excelencia– que transmite la sensación de no estar haciendo nada. De eso se trata el ocio: de no hacer nada. Y si a ese "no hacer nada" le sumamos una sonrisa que le dé un toque naif a nuestra cara, el efecto logrado es óptimo. Además, para que el balanceo sea casi automático, no hay nada mejor que una mecedora. **Mecedoras: M. T. de Alvear 1606, \$ 175; Del campo, Av. Gaona 1602, desde \$ 110.**

IL POSTINO S.R.L.

**CORREO PRIVADO
& MENSAJERIA
RNPSP Nº 512**

**UN SERVICIO DE PELICULA...!!!
SUS PIEZAS VIAJAN SIEMPRE CON DESTINO
CERTIFICADO / MENSAJERIA ULTRA RAPIDA
/PERSONAL ASEGURADO (ART)**

4866-4440

4867-0036

BUENOS AIRES ARGENTINA

SERVICIO EN MOTO:
Trámites - Cobranzas
Depósitos Bancarios
Recorridos Diarios
Pagos de Servicios
DGI - Licitaciones
Correo interno
Servicio de Bolsines

CORREO:
Mailing - Encomiendas
Todo Tipo de Distribución
Ensobrados, Doblados
y Etiquetados

**Mencionando esta revista
importantes descuentos**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.amra.com.ar

Emoción

¡Hola! Realmente quería escribirles unas pocas palabras para felicitarlos por el último número (enero 2001) referente a los amores de verano, pero más precisamente por la nota "Argentinian Beauty". No les puedo explicar muy bien con palabras lo que me hizo sentir, pero me emocionó mucho la forma en que está escrita y la finura con la que el tema es tratado. Merece un aplauso de admiración y quiero con esto seguir alentándolos a que nunca cambien, aunque seguramente alientos no les faltan....
Un beso grande.

ANALÍA CASSANO

anicasi@yahoo.com

Estudios

Hola, amigos de Latido.
He terminado de leer la nota "Argentinian Beauty" del número "Amores de verano" y me ha llevado a reflexionar sobre mi propia inconstancia. Pero no sobre la inconstancia respecto de mi pareja (de hecho estamos juntos desde hace 10 meses, y muy bien). Hoy quiero hablar sobre mis estudios, esos son mis amores de verano, con ellos me sucede, al igual que a la escritora, el no poder continuar, el no terminar lo que comienzo. Cada vez inicio todo un proceso de seducción con lo que elijo. Me atrae, me proyecto, comienzo a estudiarlo con ganas, pero pasado un tiempo el encanto se va, me cuesta permanecer y termino poniendo excusas para dejar de estudiar, y eso es lo que finalmente hago. Muchas veces

quisiera saber cuál es la causa, aunque más me gustaría poder tomar una decisión y continuar hasta el final. Todo esto suele resultar frustrante y muchas veces no sé qué hacer, y hasta llego a sentirme fracasado; luego me repongo tomando nuevos proyectos pero temo que sea un nuevo amor de verano.
Bueno, aquí me despido. Gracias por conseguir que a través de la revista pueda reflexionar sobre mi vida y lo que me sucede.
Hasta pronto.

ADRIÁN LAVOREL GALANTE

lavorelgalante@hotmail.com

Mimos

Miro el techo y me acurruco en la cama. Eso es hacer fiaca, darnos un minuto más de descanso. Sin censura. Pero lo es también un baño de burbujas, acariciar el pelo de tu amor, mirar fijo el horizonte, con esperanza y, por qué no, con melancolía. En ese instante volvemos a ser los chicos que fuimos –o aún somos–, e incluso actuamos como ellos: nos fastidiamos si nos interrumpen. Ahora voy a reconocer que soy defensora de lo que los occidentales llamamos "ocio creativo".
Hacer fiaca es mimarnos adentro, en el alma: leer un buen libro –o Latido–; disfrutar de una película; cerrar los ojos y que el viento te pegue en la cara; escuchar buena música.

JULIETA BOTTO

Julimuppet@yahoo.com

Con la suscripción de **LATIDO** te regalamos dos números de los anteriores a elección.

Suscribite a Latido y recibí de regalo dos ejemplares a tu elección.

Un año (12 números)

Argentina \$ 54.-
Uruguay, Brasil, Paraguay,
Bolivia y Chile \$ 75.-
Resto de América \$ 84.-
Resto del mundo \$ 88.-

Formas de pago:

• Cheque o giro postal a nombre de Latido S.A.
• Débito en mi tarjeta Visa ☐ Mastercard ☐

Nº
Vencimiento Cód. seg.

Nombre:
Dirección completa:
Documento:
Ciudad:
País:
Tel:
E-mail:

☐ Nº3 ☐ Nº5 ☐ Nº6 ☐ Nº7 ☐ Nº8 ☐ Nº9 ☐ Nº10
☐ Nº11 ☐ Nº12 ☐ Nº13 ☐ Nº14 ☐ Nº15 ☐ Nº16 ☐ Nº17
☐ Nº18 ☐ Nº19

Envía este cupón (o su fotocopia) por correo a Revista Latido - Medrano 1940 piso 7 (1425) Buenos Aires. Si pagás con tarjeta de crédito, también podés enviarlo por fax al tel: (011) 4824-8870.

Suscripciones del exterior: pago exclusivamente a través de tarjeta de crédito. Tasa de cambio aproximada al cierre de esta edición:

1 peso argentino = 1 dólar estadounidense.
Cualquier consulta es bienvenida en el (011) 4824-8870 o a través de latido@giga.com.ar

Qué linda es

Hace ya varios números que quise escribirles pero me dio fiaca. Entonces, tal vez esta sea mi oportunidad. Creo que la fiaca es como un don. Se la tiene o no. Obvio que todos tenemos un poquito, pero a algunos se les manifiesta seguido.

Toda actividad es interrumpida por la fiaca. Hasta el sexo, que para algunos adolescentes resulta el centro —les cuento que tengo 19 años—, es interrumpido por tener “fiaca” (al menos eso dicen).

Puedo afirmar que la “fiaca” tiene un poder de retroalimentación. Porque una fiaca se la permite cualquiera, hasta el más hiperquinético. Pero cuando se le toma el gustito... mmm, qué linda que es.

ARIEL GOLDVARG

goldvarg@bleger.com.ar

Contacto

Les escribo desde Rosario y quisiera manifestarles mis más sinceros agradecimientos por la revista. Encuentro en ella una maravillosa identidad, me hace respirar hondo cada vez que me leo en sus líneas. Me nace un aplauso, un reconocimiento verdadero por su trabajo. Es muy bueno eso de sentir y pensar: “sentir primero y pensar después”. Me gusta mucho el estilo que manejan, las fotos, y sobre todo el contacto que existe con los lectores.

Matías Querol

matiasquerol@hotmail.com

Tiempo y espacio

Les escribo por primera vez y los pienso y los siento desde el primer número, aquel que hablaba de las pasiones... Cuando llegó la revista a mis manos perdí el sentido del tiempo y el espacio, me dejé llevar por las palabras que acariciaban mi alma y me hacían estremecer, provocando en mí un deseo voraz de continuar la lectura. Yo estaba en mi trabajo, por lo tanto decidí cerrar la revista. Volví, haciéndome la distraída, y la releí desde el principio, esta vez más atenta, menos ansiosa, como degustando un manjar, un buen vino, un cuerpo deseado.

Les quiero agradecer cada página, cada fotografía, ya que provocaron identificaciones, emociones, reflexiones.

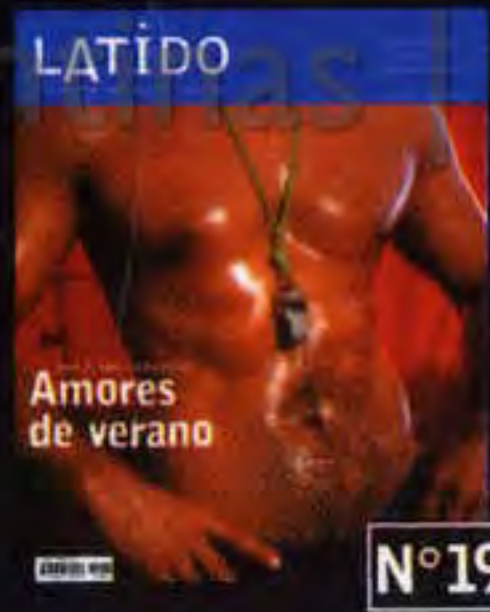
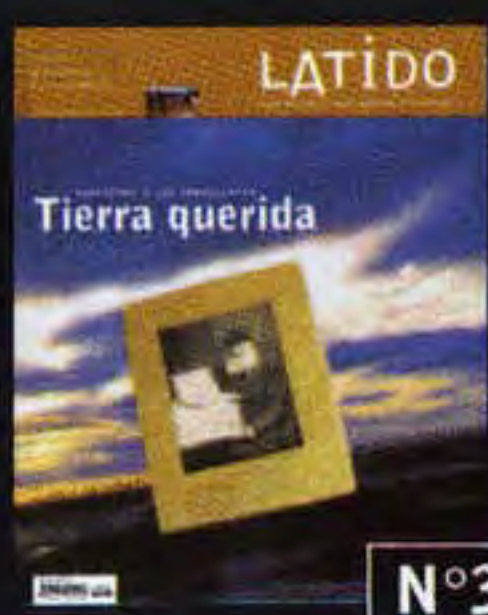
ANA CARINA RODRÍGUEZ

ancrodriguez@aol.com



Premio de fotografía a Latido

Una serie de fotos sobre inmigrantes, realizada por Leo Vaca y publicada en Latido de setiembre de 1999, recibió el Premio Pléyade a la mejor producción fotográfica en revistas de ese año. El resultado se conoció en una ceremonia de entrega que tuvo lugar el 18 de diciembre pasado y el jurado estuvo constituido por Alicia Sanguinetti, Juan Travník y Carlos Fadigatti. Los premios Pléyade son otorgados todos los años por la Asociación Argentina de Editores de Revistas.



Números
1, 2 y 4
agotados



ROBERTO ARLT DEL AUTOR DE

"LOS SIETE LOCOS" SE DIJERON

MUCHAS COSAS: QUE ESCRIBÍA

MAL, QUE SU DEFECTO ERA

EL EXCESO Y QUE, ENCIMA,

ERA INCULTO. ESTO ÚLTIMO, AL

MENOS, NO ES VERDAD. Y EN

CUANTO A QUE "ESCRIBÍA MAL",

CONVIENE REMITIRSE A LA

INTENSIDAD INDISCUTIBLE DE

SUS TEXTOS. ARLT (1900-1942)

FUE AUTODIDACTA, INVENTOR

FRUSTRADO, ESCRITOR Y

PERIODISTA. EN ESTA CONDICIÓN

COMPUSO SUS CÉLEBRES "AGUA-

FUERTES PORTEÑAS", PUBLICADAS

REGULARMENTE EN DIARIOS

(Y COMPILADAS AHORA, JUNTO AL

RESTO DE SUS OBRAS, POR

EDITORIAL LOSADA). SUS

NOVELAS Y CUENTOS PERMITEN

SITUARLO COMO A UNO DE LOS

GRANDES ESCRITORES

ARGENTINOS DEL SIGLO XX.

AGUAFUERTES

EL ORIGEN DE ALGUNAS PALABRAS DE NUESTRO LÉXICO POPULAR

Ensalzaré con esmero el benemérito "fiacún".

Yo, cronista meditabundo y aburrido, dedicaré todas mis energías a hacer el elogio del "fiacún", a establecer el origen de la "fiaca", y a dejar determinados de modo matemático y preciso los alcances del término. Los futuros académicos argentinos me lo agradecerán, y yo habré tenido el placer de haberme muerto sabiendo que trescientos sesenta y un años después me levantarán una estatua.

No hay porteño, desde la Boca a Núñez, y desde Núñez a Corrales, que no haya dicho alguna vez:

—Hoy estoy con "fiaca".

O que se haya sentado en el escritorio de su oficina y mirando al jefe, no dijera:

—¡Tengo una "fiaca"!

De ello deducirán seguramente mis asiduos y entusiastas lectores que la "fiaca" expresa la intención de "tirarse a muerto", pero ello es un grave error.

Confundir la "fiaca" con el acto de tirarse a muerto es lo mismo que confundir un asno con una cebra o un burro con un caballo. Exactamente lo mismo.

Y sin embargo, a primera vista parece que no. Pero es así. Sí, señores, es así. Y lo probaré amplia y rotundamente, de tal modo que no quedará duda alguna respecto a mis profundos conocimientos de filología lunfarda.

Y no quedarán, porque esta palabra es auténticamente genovesa, es decir, una expresión corriente en el dialecto de la ciudad que tanto detestó el señor Dante Alighieri.

La "fiaca" en el dialecto genovés expresa esto: "Desgano fi-



ILUSTRACIONES SEBASTIÁN DUFOUR

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sico originado por la falta de alimentación momentánea". Deseo de no hacer nada. Languidez. Sopor. Ganas de acostarse en una hamaca paraguaya durante un siglo. Deseos de dormir como los durmientes de Efeso durante ciento y pico de años.

Sí, todas estas tentaciones son las que expresa la palabreja mencionada. Y algunas más.

Comunicábame un distinguido erudito en estas materias, que los genoveses de la Boca cuando observaban que un párvulo bostezaba, decía: "Tiene la 'fiaca' encima, tiene". Y de inmediato le recomendaban que comiera, que se alimentara.

En la actualidad el gremio de almaceneros está compuesto en su mayoría por comerciantes ibéricos, pero hace quince y veinte años, la profesión de almacenero en Corrales, la Boca, Barracas, era desempeñada por italianos y casi todos ellos oriundos de Génova. En los mercados se observaba el mismo fenómeno. Todos los puesteros, carniceros, verduleros y otros mercaderes provenían de la "bella Italia" y sus dependientes eran muchachos argentinos, pero hijos de italianos. Y el término trascendió. Cruzó la tierra nativa, es decir, la Boca, y fue desparramándose con los repartos por todos los barrios. Lo mismo sucedió con la palabra "manjar" que es la derivación de la perfectamente italiana "mangiar la follia", o sea "darse cuenta".

Curioso es el fenómeno, pero auténtico. Tan auténtico que más tarde prosperó este otro término que vale un Perú, y es el siguiente: "Hacer el rostro".

¿A que no se imaginan ustedes lo que quiere decir "hacer el rostro"? Pues hacer el rostro, en genovés, expresa preparar la salsa con que se condimentarán los tallarines. Nuestros ladrones la han adoptado, y la aplican cuando después de cometer un robo hablan de algo que quedó afuera de la venta por sus condiciones inmejorables. Eso, lo que no pueden vender o utilizar momentáneamente, se llama el "rostro", es decir, la salsa, que equivale a manifestar: lo mejor para después, para cuando haya pasado el peligro.

Volvamos con esmero al benemérito "fiacún".

Establecido el valor del término, pasaremos a estudiar el sujeto a quien se aplica. Ustedes recordarán haber visto, y sobre todo cuando eran muchachos, a esos robustos ganapanes de quince años, dos metros de altura, cara colorada como una manzana reineta, pantalones que dejaban descubierta una media tricolor, y medio zonzos y brutos.

Esos muchachos eran los que en todo juego intervenían para amargar la fiesta, hasta que un "chico", algún pibe bravo, los sopapeaba de lo lindo eliminándoles de la función. Bueno, esos grandotes que no hacían nada, que siempre cruzaban la calle mordiendo un pan y con gesto huido, estos "largos" que se pasaban la mañana sentados en una esquina o en el umbral del despacho de bebidas de un almacén, fueron los primitivos "fiacunes". A ellos se aplicó con singular acierto el término.

Pero la fuerza de la costumbre lo hizo correr, y en pocos años el "fiacún" dejó de ser el muchacho grandote que termina por trabajar de carrero, para entrar como calificativo de la situación de todo individuo que se siente con pereza. Y, hoy, el "fiacún" es el hombre que momentáneamente no tiene ganas de trabajar. La palabra no encuadra una actitud definitiva como la de "squenun", sino que tiene una proyección transitoria, y relacionada con este otro acto. En toda oficina pública o privada, donde hay gente respetuosa de nuestro idioma, y un empleado ve que su compañero bosteza, inmediatamente le pregunta:

—¿Estás con "fiaca"?

Aclaración. No debe confundirse este término con el de "tirarse a muerto", pues tirarse a muerto supone premeditación de no hacer algo, mientras que la "fiaca" excluye toda premeditación, elemento constituyente de la alevosía según los juristas. De modo que el "fiacún" al negarse a trabajar no obra con premeditación, sino instintivamente, lo cual lo hace digno de todo respeto.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL PLACER DE VAGABUNDEAR

Comienzo por declarar que creo que para vagabundear se necesitan excepcionales condiciones de soñador. Ya lo dijo el ilustre Macedonio Fernández: "No toda es vigilia la de los ojos abiertos".

Digo esto porque hay vagos y vagos. Entendámonos. Entre el "crosta" de botines destartados, pelambre mugrientosa y enjundia con más grasa que un carro de matarife, y el vagabundo bien vestido, soñador y escéptico, hay más distancia que entre la Luna y la Tierra. Salvo que ese vagabundo se llame Máximo Gorki, o Jack London, o Richepin.

Ante todo, para vagar hay que estar por completo despojado de prejuicios y luego ser un poquitín escéptico, escéptico como esos perros que tienen mirada de hambre y que cuando los llaman menean la cola, pero en vez de acercarse, se alejan, poniendo entre su cuerpo y la humanidad, una respetable distancia.

Claro está que nuestra ciudad no es de las más apropiadas para el atorrantismo sentimental, pero ¡qué se le va a hacer!

Para un ciego, de esos ciegos que tienen las orejas y los ojos bien abiertos inútilmente, nada hay para ver en Buenos Aires, pero, en cambio, ¡qué grandes, que llenas de novedades están las calles de la ciudad para un soñador irónico y un poco despierto! ¡Cuántos dramas escondidos en las siniestras casas de departamentos! ¡Cuántas historias crueles en los semblantes de ciertas mujeres que pasan! ¡Cuánta canallada en otras caras! Porque hay semblantes que son como el mapa del infierno humano. Ojos que parecen po-

zos. Miradas que hacen pensar en las lluvias de fuego bíblico. Tontos que son un poema de imbecilidad. Granujas que merecerían una estatua por buscavidas. Asaltantes que meditan sus trapacerías detrás del cristal turbio, siempre turbio, de una lechería.

El profeta, ante este espectáculo, se indigna. El sociólogo construye indigestas teorías. El papanatas no ve nada y el vagabundo se regocija. Entendámonos. Se regocija ante la diversidad de tipos humanos. Sobre cada uno se puede construir un mundo. Los que llevan escrito en la frente lo que piensan, como aquellos que son más cerrados que adoquines, muestran su pequeño secreto... el secreto que los mueve a través de la vida como fantoches.

A veces lo inesperado es un hombre que piensa matarse y que lo más gentilmente posible ofrece su suicidio como un espectáculo admirable y en el cual el precio de la entrada es el terror y el compromiso en la comisaría seccional. Otras veces lo inesperado es una señora dándose de cachetadas con su vecina, mientras un coro de mocosos se prende de las polleras de las furias y el zapatero de la mitad de cuadra asoma la cabeza a la puerta de su covacha para no perder el plato.

Los extraordinarios encuentros de la calle. Las cosas que se ven. Las palabras que se escuchan. Las tragedias que se llegan a conocer. Y de pronto, la calle, la calle lisa y que parecía destinada a ser una arteria de tráfico con veredas para los hombres y calzada para las bestias y los carros, se convierte en un escaparate, mejor dicho, en un escenario grotesco y espantoso donde, como en los cartones de Goya, los endemoniados, los ahorcados, los embrujados, los enloquecidos, danzan su zarabanda infernal.

Porque, en realidad, ¿qué fue Goya, sino un pintor de las calles de España? Goya, como pintor de tres aristócratas zampatortas, no interesa. Pero Goya, como animador de la canalla de Moncloa, de las brujas de Sierra Divieso, de los bigardos monstruosos, es un genio. Y un genio que da miedo.

Y todo eso lo vio vagabundeando por las calles.

La ciudad desaparece. Parece mentira, pero la ciudad desaparece para convertirse en un emporio infernal. Las tiendas, los letreros luminosos, las casas quintas, todas esas apariencias bonitas y regaladoras de los sentidos, se desvanecen para dejar flotando en el aire agriado las nervaduras del dolor universal. Y del espectador se ahuyenta el afán de viajar. Más aún: he llegado a la conclusión de que aquel que no encuentra todo el universo encerrado en las calles de su ciudad, no encontrará una calle original en ninguna de las ciudades del mundo. Y no las encontrará, porque el ciego en Buenos Aires es ciego en Madrid o Calcuta...

Recuerdo perfectamente que los manuales escolares pintan a los señores o caballeritos que callejean como futuros perdularios, pero yo he aprendido que la escuela más útil para el entendimiento es la escuela de la calle, escuela agria, que deja en el paladar un placer agridulce y que enseña todo aquello que los libros no dicen jamás. Porque, desgraciadamente, los libros los escriben los poetas o los tontos.

Sin embargo, aún pasará mucho tiempo antes de que la gente se dé cuenta de la utilidad de darse unos baños de multitud y de callejeo. Pero el día que lo aprendan serán más sabios, y más perfectos y más indulgentes, sobre todo. Sí, indulgentes. Porque más de una vez he pensado que la magnífica indulgencia que ha hecho eterno a Jesús derivaba de su continua vida en la calle. Y de su comunión con los hombres buenos y malos, y con las mujeres honestas y también con las que no lo eran.

“ Me enseñó algunas cosas
básicas para sobrevivir
en este mundo. Una de
ellas, acaso la principal,
fue la idea de que la única
forma de solucionar un
problema es atravesarlo ”

“ No soy de las que creen
que es preciso aprenderlo
todo. No conozco a nadie
que no se arrepienta,
lo confiese o no, de algunas
sapiencias a las que
con alivio y certeza
renunciaría ”

“ Nacen las maestras que
gritan ‘¡bárbaros!’ ‘¡salvajes!’,
‘¡indios!’ cuando quieren
imponer orden a la turba
desacatada de chicos,
para luego hacerles inclinar
la frente ante las efigies
uniformadas de los próceres ”

Aprender

Hay un instante singular: los ojos de un chico sorprendidos por lo que descubrieron. Y hay un momento gris que se sintetiza en la mirada opaca de un adulto que cree entenderlo todo. De eso va a tratar la Latido de marzo: de no darse por vencido, de mantener la adrenalina, de desentrañar las lógicas de un mundo que se empeña en cambiar las reglas a medida que el tiempo (nos)

LATIDO

pasa. Desde la escuela hasta la enseñanza de un analfabeto sabio, todo va a estar incluido en una serie de notas con olor a pizarrón. Y, como siempre, no faltarán nuestras digresiones, las frases célebres y hasta algún consejo sobre cómo utilizar el dinero en la educación. Latido de marzo: no es como volver a la escuela, pero... ¿quién te dice?

CARTELERA CANAL (á)

TODA LA ACTUALIDAD. TODOS LOS ESPECTÁCULOS.

FEBRERO

CANAL(á) PRESENTA

DOMINGOS A LAS 22:00 HS.

Un ciclo semanal para disfrutar de los mejores shows y espectáculos de la Argentina y el mundo.

Domingo 4:

Pablo Milanés

El cantante cubano explora su célebre romanticismo y una diversidad de ritmos en su último recital en Buenos Aires.



Pablo Milanés

Domingo 11:

Afro Cuban All Stars

La famosa banda de dieciocho integrantes que comprende cuatro generaciones de los músicos más finos de Cuba en un concierto único realizado en Buenos Aires.

Domingo 18:

Cesaria Evora

El último recital en Argentina de una de las cantantes más importantes del mundo, Cesaria Evora, donde interpretó sus famosas "mornas" y "coladeiras" acompañada por 10 músicos.

Domingo 25:

Gal Costa canta Tom Jobim

La cantante bahiana rindió homenaje al genial Tom Jobim e interpretó grandes temas del creador de la Bossa Nova, como Corcovado, Garota de Ipanema, A felicidade y Chega de Saudade entre otros.



Gal Costa

ACTUALIDAD

Como todos los años, este verano Canal(á) estará cubriendo todos los acontecimientos del Arte y los Espectáculos desde centros artísticos más importantes de la Argentina y el mundo.

ENTERARTE

Lunes a Viernes a las 20.00 hs.

En vivo.

El único noticiero de arte y espectáculos. Las últimas noticias, entrevistas, informes y una completa agenda de actividades artísticas y culturales.

AGENDA URBANA

Sábado a las 20:00 hs.

El resumen del fin de semana, con una selección de las mejores notas de artes y espectáculos, estrenos, shows y recitales. Conducen Aldana Duhalde y Federico Consiglieri.



Enterarte

PLATEA ABIERTA

LUNES A LAS 21:00 HS.

Las obras más destacadas, completas y sin intervalos, en la pantalla de Canal (á). Todas las semanas una obra de teatro con las figuras más importantes de la escena nacional.

Lunes 5:

Las alegres mujeres de Shakespeare.

Primera Parte

Con la actuación de Raúl Taibo, Elizabeth Killian, Silvia Kutica, Jorge D'Elía, Rodolfo Machado, Juan Manuel Tenuta. Versión y dirección: Claudio Hochman.



Las alegres mujeres de Shakespeare

Lunes 12:

Las alegres mujeres de Shakespeare.

Segunda Parte

Lunes 19:

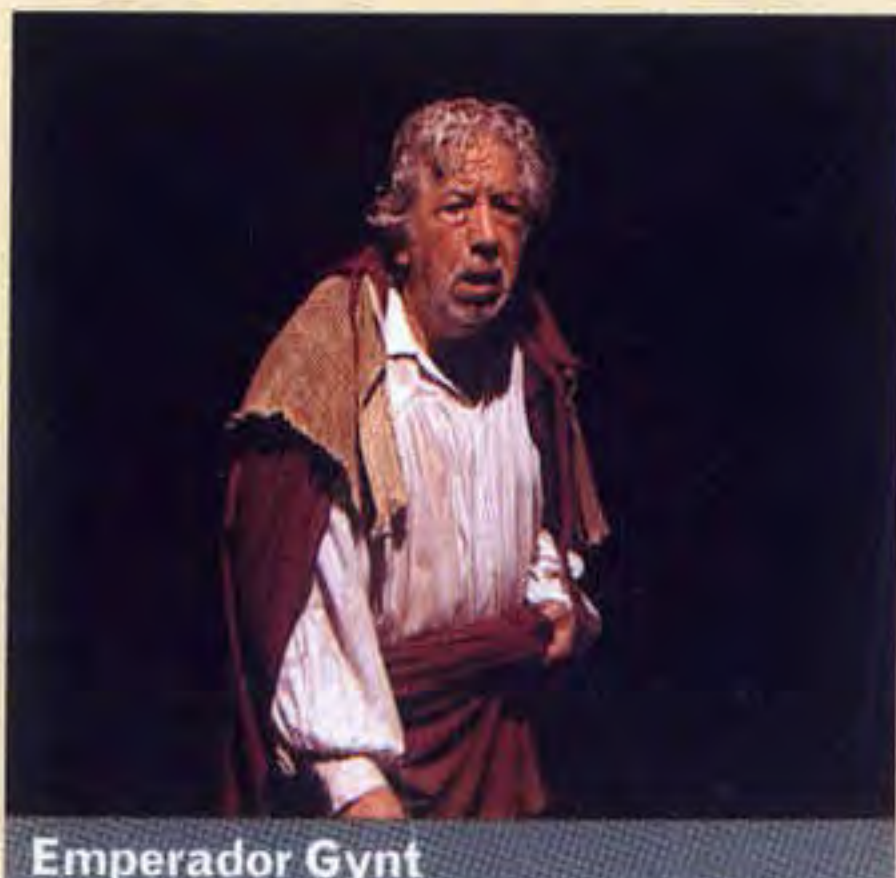
Con olor a agua florida.

Interpretada por Perla Santalla y dirigida por María Elena Sardi.

Lunes 26:

Emperador Gynt

Una versión libre de "Peer Gynt", el clásico de Ibsen, dirigida por Lito Cruz e interpretada por Franklin Caicedo.



Emperador Gynt

ENEMILIMETROS

JUEVES A LAS 24:00 HS.

La actividad cultural fotográfica, tanto nacional como internacional. Desde el trabajo de los fotógrafos profesionales hasta los famosos mostrando su vida a través de los álbumes de fotos familiares.

Jueves 1: **Humberto Tortonese y el fotógrafo Tony Valdez.**

Jueves 8: **Leo Masliah y el fotógrafo Juan Travnik.**

Jueves 15: **Collages de Birto Vazquez y entrevista con el fotógrafo alpinista Pedro Brown.**

Jueves 22: **Backstage del trabajo de los reporteros gráficos del diario Crónica.**



Enemilímetros

CIUDAD NATAL

JUEVES A LAS 18:30 HS.

Una crónica de personajes de la cultura de todos los tiempos. Partiendo de la ciudad de su nacimiento y de su trayectoria, el relato se detiene en los detalles más relevantes además de mostrar su vida y su obra. Ciudad natal, para conocer a los grandes desde su cuna.

Jueves 1: **Vinicius**

Jueves 8: **Tom Jobim**

Jueves 15: **Max Ernst**

Jueves 22: **Gustav Klimt**



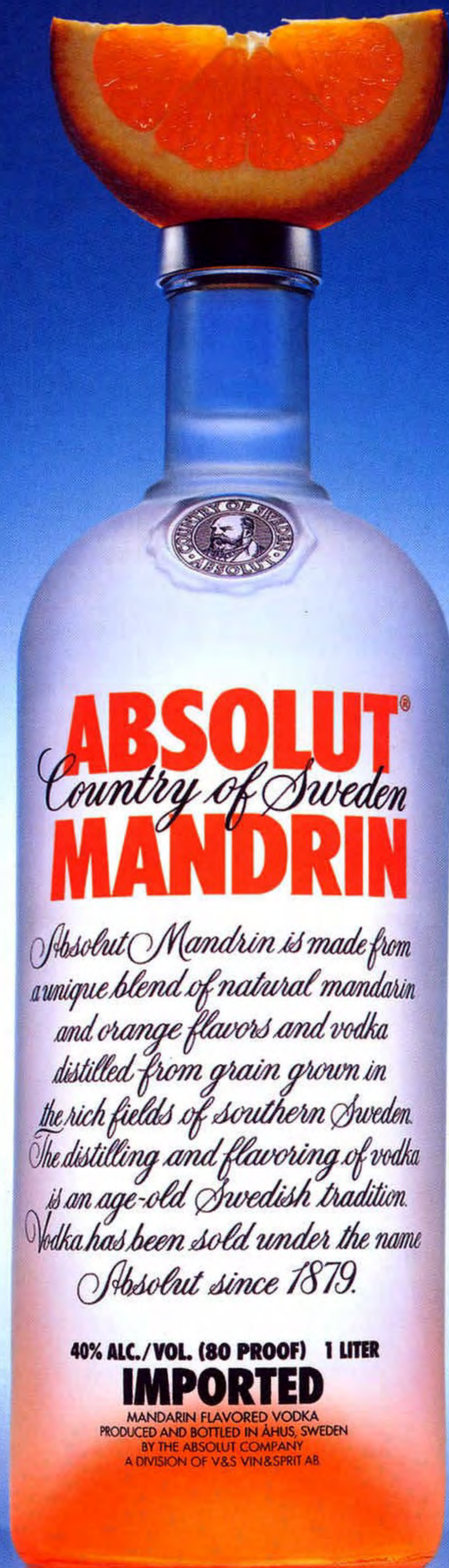
Tom Jobim

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

24 HORAS DE ARTE Y ESPECTÁCULOS

Bonpland 1745 - C1414 CMU bs. as. Argentina Tel.: (54-11) 4778-6666 int.:4155 Fax: (54-11) 4778-6555 - e-mail: canala@pramer.com.ar





ABSOLUT BALANCE.

ENCONTRALO EN BS. AS.: 3/4, CLUB ZEN, CENTRAL, Ñ. EN PTA. DEL ESTE: LA JUANA, LA ORIENTAL.

ABSOLUT MANDRIN™, MANDARIN FLAVORED VODKA, PRODUCT OF SWEDEN, 40% ALC/VOL (80 PROOF), ABSOLUT COUNTRY OF SWEDEN VODKA & LOGO, ABSOLUT, ABSOLUT BOTTLE DESIGN, ABSOLUT MANDRIN, ABSOLUT CALLIGRAPHY AND ABSOLUTVODKA.COM ARE TRADEMARKS OWNED BY V&S VIN & SPRIT AB. ©1999 V&S VIN & SPRIT AB. IMPORTED BY SEAGRAM DE ARGENTINA. PHOTOGRAPH BY STEVE BRONSTEIN.

BEBER CON MODERACIÓN. PROHIBIDA SU VENTA A MENORES DE 18 AÑOS.